



Universidad de la República
Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado
Ensayo Académico

***La construcción de la masculinidad
en el varón adolescente y el riesgo suicida***

Estudiante: Yeni Noemí Peralta Maidana

C.I: 4.237616-8

Yennylucas@gmail.com

Docente tutora: As. Mag. Susana Quagliata

Docente Revisora: Prof. Adj. Mag. Gabriela Bruno

Octubre 2024

Montevideo, Uruguay

Resumen

La construcción de las masculinidades en las adolescencias implica una serie de expectativas, roles y posibilidades dependiendo de los contextos que ellos habitan. En este pasaje de construcciones de subjetividades y de adolescencias masculinas se evidencian cómo algunas experiencias de vidas pueden ser perjudiciales para la salud emocional de los jóvenes varones. Estas experiencias pueden llevar a los adolescentes a tomar decisiones riesgosas al punto de pensar en el suicidio. El riesgo de suicidio en los adolescentes varones unido a la en la construcción de las masculinidades es un desafío que merece análisis y reflexión. Resulta imprescindible que existan padres que cumplan sus funciones y también otras parentalidades sociales, creadoras de espacios seguros y amigables que habiliten a los adolescentes varones a compartir sus preocupaciones y expresar sus sentires. Construir una cultura del cuidado, de diálogo abierto, donde no circule que la idea de que buscar ayuda es un signo de debilidad. Por el contrario, es importante reflexionar sobre la necesidad de acompañamiento en una etapa de la vida donde los jóvenes tomen impulso para disfrutar y proyectarse al futuro.

Palabras clave: *Masculinidades, adolescencias, riesgo suicida, parentalidad social*

Índice

1. Introducción	1
1.1 Adolescencias.....	2
1.2 Subjetividad de los adolescentes.....	4
1.3 Varones Adolescentes y masculinidades	7
1.4 Parentalidades y Adolescencias	11
2. Reflexiones sobre el riesgo en varones adolescentes.	
2.1 Experiencias adolescentes: Mi mirada, otras miradas...expectativas.....	14
2.2 Las relaciones de poder: el bullying y las instituciones educativas	18
2.3 Adolescentes Varones y conductas de riesgo suicida.....	20
2.4 Relación Varones adolescentes y suicidio	24
3. Construyendo Relaciones y acciones como Prevención del Suicidio"	
3.1 Resiliencia que protege, no silencia.....	26
3.2 La amistad como otro que acompaña.....	28
3.3 Proyecto de vida como protector y una mirada al futuro.....	30
4. Reflexiones finales	33
5. Referencias	36

1. Introducción

El presente texto es el resultado de la elaboración del Trabajo Final de Grado (TFG) de la Licenciatura en Psicología de la Universidad de la República (UdelaR). Se trata de un ensayo académico que busca problematizar sobre la adolescencia, la masculinidad del varón adolescente y el riesgo suicida, a través de diferentes miradas y análisis. Se toman en cuenta informes sobre las distintas problemáticas adolescentes, desde la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2021) como informes de Uruguay del Ministerio de Salud Pública (MSP, 2023). La OMS señala que uno de cada siete jóvenes (1:7) entre los 10 y 19 años en el mundo padece algún trastorno mental entre los que se encuentran la depresión, los trastornos de ansiedad y de comportamiento.

Mientras que, en Uruguay sobre el suicidio en la población entre los 12 y 19 años se halló que hubo un incremento significativo, entre los años pre-pandemia COVID-19, durante la misma y en pospandemia (MSP, 2023). Dentro de la población adolescente mayor a 15 años es donde se halla el mayor riesgo de suicidio con relación a otros jóvenes de más edad, debido a que están expuestos e implicados en el estrés de la simultaneidad de cambios, como son los duelos infantiles y potencial riesgo de sufrimiento mental más grave. El informe del MSP (2019) presentado, que en números absolutos, señala que la población de adolescentes entre 15 y 19 años fallecieron por suicidio 34 jóvenes. Posteriormente el MSP (2023) informó que para el año 2020 las víctimas fueron 45, en el 2021, 42 jóvenes adolescentes y en 2022 se registró un número más alto, 45 fallecimientos. Asimismo, el porcentaje de defunciones por suicidio en toda la población según sexo, correspondió a 22.1 % en mujeres y 77.9 % en hombres, relación que tiende a mantenerse en el tiempo, aunque con variaciones según las edades. Esta línea parece sostenerse desde la adolescencia en varones, aunque hasta el momento no se han hallado en nuestro país investigaciones específicas en esta población y sus determinantes en la concreción del suicidio.

Por ello, este trabajo pretende reflexionar sobre la denominada masculinización del suicidio en varones adolescentes, dado que las representaciones sociales entorno a la masculinidad tienen una composición social y cultural, que a lo largo del tiempo y distintos contextos históricos, han establecido con actual vigencia creencias, estereotipos, valores y tradiciones, permanecen con relación al imaginario de ser varón. Ante la predeterminación de los imaginarios el varón construye en él mismo una masculinidad propia, la que vive por partida doble qué es y cómo debe ser, manteniendo rivalidades y en constante comparación y cuestionamiento de sus pares. Se hace relevante explorar algunos aspectos de la construcción de género en los varones adolescentes, para abordar y estudiar el predominio del riesgo de suicidio en esta etapa de la vida, dado que en ella se termina de consolidar la identidad, lo que será la identidad adulta.

El ensayo presenta una distribución en tres bloques temáticos. La primera parte trata de conceptos teóricos con relación a la etapa evolutiva, la construcción de género masculino y cómo se ensambla esa subjetividad a la hora de transitar los cambios, altibajos y alteraciones que pueden aparecer y atravesar a esta etapa crucial del desarrollo. Al mismo tiempo, se presentan fundamentos teóricos que permitan entender los porqués de las conductas relacionadas con el incremento de suicidios en varones. La segunda parte se enfoca en la relación entre los riesgos de suicidio en el adolescente varón, considerando que la internalización de estereotipos de generaciones anteriores y tendencias valoradas constituyen un paradigma a seguir por la sociedad (padres, adultos y pares). Entrecruces que pueden llegar a juzgar, violentar y condicionar la forma de ser y estar en el mundo. Como parte final, se propone pensar acerca de la importancia de los vínculos (afectivo-emocionales) con los pares y bajo la protección de una propuesta de parentalidad social, que potencien el bienestar y sea una pieza importante en la prevención del suicidio del adolescente.

1.1. Adolescencias

Poder hablar de adolescencias en plural establece una apuesta por remarcar que existe una diversidad de formas de vivir la adolescencia y una pluralidad en las formas de ser y de estar en el mundo, las mismas que se autorizan desde la cultura hasta encarnar en una singularidad subjetiva. Abordar las adolescencias en la actualidad implica pensar en el contexto cultural, porque no hay sujeto sin la presencia de otro y por fuera de ella. El adolescente se construye como tal en relación con un otro social, es decir sin el entramado social de un mundo que los rodea, lo cual propicia significar ese contexto y significarse. Asimismo, el dinamismo del universo tecnológico y los cambios mediáticos producidos en las últimas décadas han suscitado fuertes transformaciones sobre la manera en que los adolescentes se relacionan con el otro y el sentido que atribuyen los jóvenes adolescentes a la experiencia de ser joven (Lora, 2014).

Más allá de que compartir la pluralidad que la adolescencia conlleva, resulta útil a los efectos de este trabajo explicitar algunas definiciones y concepciones de esta etapa vital.

Según la Organización Panamericana de la Salud (OPS, 2024) la adolescencia es una etapa de crecimiento y formación marcada por cambios físicos, emocionales y sociales, en la que factores como la pobreza, el maltrato y la violencia pueden aumentar la vulnerabilidad y problemas de salud mental. Desde las pérdidas a elaborar, Nasio (2011) afirma que en esta etapa se ve un proceso de duelo lento y progresivo en donde los mismos deben perder el cuerpo infantil y los padres de la infancia para conquistar la edad adulta. Por otra parte, Álvarez-Rubio (2021) la define como la edad que prosigue

a la niñez y transcurre desde la pubertad hasta la edad adulta (período comprendido entre 10 y 19 años) cuya clasificación ha sido tomada por varias bibliotecas. La describe como una etapa compleja de la vida marcada por la transición de la infancia a la adultez, en la que se producen cambios físicos, psicológicos, biológicos, intelectuales y sociales.

En estos tiempos que corren, la adolescencia es clasificada en tres etapas; *primera adolescencia*, precoz o temprana de 10 a 13 años, la *segunda es la* que comprende entre 14 y 17 años y *tardía* de 18 a 21 años. Estas definiciones como la adolescencia contemporánea se presentan como una categoría temporal ampliada, que se extiende hacia los dos extremos, desde finales de la edad infantil hasta la juventud. Esta extensión o variación se debe, en parte, a la mejora en las condiciones de vida, alimentación, educación, nutrición, etc.

Por otro lado, la prolongación del período de formación y preparación educativa, sumadas a la escasez de oportunidades para que los jóvenes se integren en el ámbito adulto contribuyen a que se dé esta prolongación temporal en cuanto a edades. Asimismo, la postergación en el proceso de emancipación conlleva la prolongación de algunas de las crisis que experimentan los adolescentes, especialmente en el contexto de la construcción de una identidad adulta.

Según Trujillo et al (2019) este proceso de conformación identitaria requiere de la adquisición de autonomía y formulación de proyectos personales, se ve fuertemente influenciado por las interacciones con el mundo adulto y está predominantemente representado por las instituciones familiares y educativas.

En tal sentido, en la adolescencia como etapa crucial del desarrollo humano se afirma la autoestima, la autonomía, los valores e identidad (Fernández Poncela, 2014). En igual forma al hablar de las adolescencias se resalta la búsqueda de la identidad centrada en el Yo, la autoimagen, la integración social y los objetivos de vida, lo cual se lleva a cabo entre los 12 y los 20 años (Erikson 1972, citado por Espinoza & Suárez-López, 2023).

Durante este período, se constituye el sentido de coherencia interna, seguridad emocional, habilidades para la adaptación, la comprensión de uno mismo y la capacidad de interactuar afectiva y efectivamente con los demás, enfrentar desafíos y adquirir conocimientos significativos para la vida adulta. También, se resignifican palabras, recuerdos, pensamientos y cuerpos más allá del territorio físico y/o los contextos de los adolescentes. Si bien, los adolescentes pueden soportar la mirada de los otros es posible cuando -ellos mismos- han sido sostenidos por la huella afectiva de una mirada del otro principal (padres y/o cuidadores principales) que les reconocieron de manera suficientemente satisfactoria para tolerar frustraciones a futuro. Las identidades, en estado provisorio en la

adolescencia, son coherentes con la edad y promueven a experimentar la vida y relacionarse de manera efectiva, conforme a los recursos con los que cuenta. La importancia de las palabras, los territorios físicos, los cuerpos son indispensables para la propia estabilidad y conexión actual y futura con la identidad (Fernández-Poncela, 2014)

Durante este período vital, se debe experimentar una ganancia progresiva de autonomía, escoger amistades, repensar, adherir y/o refutar las normas familiares y sociales de convivencia. Los amigos y su entorno adquieren un valor de relevancia en esta transición de la infancia a la adultez e implica que al concepto “adolescencia” le es inherente a la situación particular de cada adolescente y sus condiciones de existencia (UNICEF, 2020). El desafío del adolescente será “convertirse en él mismo” y encontrar sentido a su vida.

Uno de los componentes importantes en la subjetividad adolescente, es el mundo simbólico que está a su alcance. En este sentido, Wolf (2021) subraya que:

Hoy estamos frente a un mundo que nos ofrece una hoja en blanco para pintarla como queremos y nunca nos había costado tanto trabajo decidir qué dibujar. Queremos todo, y decir siempre implicará una renuncia. Renuncia que hoy para muchos es causa de dolor (p.21).

La misma autora destaca que los adolescentes de esta época tienen la “oportunidad” de ir construyendo lo que quieran ser o hacer. Definiciones que son difíciles, no solo por la propia complejidad y transformaciones subjetivas de la etapa, sino también por las representaciones sociales que atraviesan a las vivencias adolescentes. El campo de las posibilidades que parece abrirse ante ellos es permeado por las miradas del afuera que muchas veces ofrecen cómo deben ser. De igual forma, Sujoy (2022), afirma que en la actualidad nos encontramos con una generación en la cual sus vidas están sumergidas en las pantallas y en los espacios virtuales. A su vez, esto plantea interrogantes sobre la vulnerabilidad del espacio interno y privado del individuo, expuesto y compartido con *otros virtuales* en busca de esa mirada de reconocimiento y validación, también de los otros. La mirada de la realidad en el proceso de consolidación de la identidad se puede ver acelerada, por ende, el mismo autor dice: "el espacio virtual se convierte en un nicho alojador de imágenes, representaciones, ideales, fantasías y conflictos, que pueden aliviar al sujeto, pero también generar intensos sufrimientos" (p.1)

1.2 Subjetividad de los adolescentes

Para autores como Cattaneo y Schmidt (2014) la adolescencia es plural y variada. De acuerdo con ello, cada adolescente tiene su singularidad, pero el contexto –además- determina en parte su

comportamiento. La familia, los pares y las instituciones educativas son importantes en la construcción de las identidades adolescentes y las nuevas tecnologías también intervienen.

Acerca del concepto de subjetividad adolescente Alemán (2018) refiere a que es individual la forma en cómo se representan a ellos mismos, se organizan con relación a los demás y la sociedad y cómo conciben que deberían ser las cosas. Manifiestan comportamientos, interpelan normativas, percepciones de la realidad, construcciones éticas y estéticas, influenciados por dispositivos a menudo imperceptibles, cuyo funcionamiento no es evidente e inseparables. De manera sutil contaminan lo que conocemos como subjetividad. Estos dispositivos procedentes de la realidad exterior, pueden ser normas, leyes, instituciones que entrelazan el poder con el saber (Agamben, 2011).

Retomando la noción y producción de subjetividad, Giorgi (2003) dice que:

Es atravesada por las distintas formas de construcción de significados, se interactúa con el universo simbólico y cultural, se percibe, siente, piensa, conoce y actúa. Se establecen vínculos, se adoptan modelos de vida, estilos de relación con el pasado y el futuro, y se concibe la relación entre el individuo (yo) y el colectivo (nosotros) (p.1)

El sujeto (adolescente) desempeña un papel activo en la creación de significados, interactúa con su entorno y articula su ser individual con el colectivo al que pertenece y ha construido en comunidad. Por ende, la subjetividad en esta etapa se encuentra en constante cambio y construcción e influenciada por múltiples factores como la familia, la escuela, los medios de comunicación y las relaciones interpersonales (Alemán, 2018). Resulta necesario comprender cómo estas instituciones llevan a cabo una serie de prácticas que asignan valor simbólico a la realidad subjetivante en el adolescente en función de estereotipos de género. Estas prácticas, más o menos evidentes, otorgan un significado precoz en lo que implica "ser" varón o mujer, restringiendo así las posibilidades de diversificar la conformación de sus identidades. Al mismo tiempo se legitiman prácticas que generan sufrimiento, agresiones y que van marcando lo que está permitido y/o prohibido, así como también en el futuro el ejercicio de violencia sobre aquellos que no se ajustan al modelo hegemónico.

En tal sentido, durante la adolescencia, especialmente con el desarrollo físico y el inicio de los primeros vínculos afectivo-sexuales, se vuelven figura (sobre fondo) algunos mandatos de la *masculinidad hegemónica*. Sin embargo, esta rigidez en la expresión de la masculinidad, sumada a la etapa evolutiva pueden llevar a crisis emocionales en los jóvenes varones, lo cual es relevante traer a colación aquí. Por consiguiente, no es extraño como dicen Aponte y Laverde (2021) que se agudicen duelos y culpas, también conflictos silenciados en otros tiempos pudiendo –estadísticamente hablando- aparecer fatídicamente el suicidio como única alternativa a la solución de problemas. Como resultado de revelarse y defender el papel “heroico” de asumir en soledad todas sus preguntas y respuestas, así

como también la responsabilidad de todos sus problemas, acciones y fracasos. De este modo, sin detenerse a pensar en otras opciones ni en la fatal consecuencia, pueden elevar la idea y llevar a cabo la consumación del acto suicida.

Por ello, es importante reparar y analizar cómo el entorno social y cultural impacta en la formación de las identidades adolescentes, dado que se encuentran en plena etapa de transformación de sí mismos en una sociedad que impone modelos y valores que pueden influir y afectar negativamente su desarrollo y consolidación. Cada época ofrece “un conjunto de representaciones que otorgará los imprescindibles contextos de significación y jerarquización al pensar, al accionar y al sentir de una generación que busca su destino” (Cao 2013, p. 29). El imaginario adolescente actual se compone de un contexto con predominancia de lo digital, los significados que le dan a sus pensamientos, sus acciones y sentimientos pueden ser vistos y conocidos mediante la red y/o -en ocasiones- en absoluta soledad para dilucidar sus cavilaciones.

Por tanto, es importante tener en cuenta que las maneras en que se perciben, se observan, se escuchan y se relacionan han ido cambiando y evolucionando, a medida que la tecnología establece una convivencia que se ha vuelto omnipresente en el mundo de las redes. Ahora bien, tanto los adolescentes como quienes los rodean forman parte de un mundo digital que es paradójico que nos acerca y aleja, nos une y nos separa, nos mantiene presentes y al mismo tiempo ausentes (Saravia-López, 2023)

Dentro de este orden de ideas, nos encontramos inmersos en un mundo de dualidades rodeado de incertidumbres. A esto Gozlan, (2016) lo denomina "virtualescencia" a una etapa en la cual los jóvenes pasan la mayoría de su tiempo en entornos virtuales, como las redes sociales y los videojuegos, mostrando la mayor complejidad de la relación entre la virtualidad y los adolescentes. La presencia constante de este mundo virtual, lleno de imágenes, videos, avatares e información, representa una aparición incomprensible e intrusiva de impulsos en la mente del adolescente, permitiendo la creación de un cuerpo pixelado y liberado de las restricciones del cuerpo físico.

Los adolescentes expresan sus emociones en las redes sociales, además de reducir la sensación de soledad y sentirse acompañados. En este sentido, Balaguer (2017) argumenta que los dispositivos cuentan con características atractivas que lleva a quienes los use a depender de ellos, denominándose como dispositivos adictivos y ofrecen una serie de funcionalidades y entretenimiento que generan una relación de dependencia. La gratificación buscada es inmediata y retrasan la salida o desconexión del usuario dado que siempre hay algo más para ver.

1.2. Varones adolescentes y masculinidades

Podemos decir que es crucial analizar la manera en que la presión social, los estereotipos de género y el imaginario alrededor del concepto de masculinidad conforman una oferta simbólica y afectan particularmente a los adolescentes varones en la percepción de este término.

El antropólogo Guttman (1988) ve a la masculinidad como un conjunto de pensamientos, palabras y acciones que los hombres consideran necesarios, para ser hombres. Este autor enfatiza en que la masculinidad es un constructo histórico y socio-cultural, además resalta la variación de concepciones según los contextos, afirma que cada cultura tiene sus particularidades y características en la noción de masculinidad. Dentro de una misma sociedad hay distintas formas de entenderla, en base a la edad, clase social y etnia (Jociles, 2001).

Las transformaciones en la vida de un individuo son significativas, los mecanismos culturales para demostrar ser "hombre" cambian según la época y el contexto cultural. En este sentido, Télles y Virdu (2011) argumentan que la variabilidad responde a la oposición entre masculino y femenino, lo que enriquece el análisis de las dinámicas de poder e interacciones de género. Si consideramos que para Scott (1996), el concepto de género es definido como el conjunto de símbolos, normas, valores, atributos y acciones, los cuales se consideran apropiados y en forma diferenciada para hombres y mujeres. En igual forma, el género para Vásquez del Águila (2013) se construye y adquieren significados en "el entre" de nuestras interacciones sociales a partir de las diferencias percibidas entre los sexos y refiere a las formas que adquieren estas representaciones de las relaciones de poder entre hombres y mujeres, así como también a las relaciones dentro de estos grupos, adquieren significado. Ser parte de un grupo es un reflejo de cómo se activa el proceso de identificación, en donde los jóvenes tienden a integrarse en aquellos conjuntos que, de alguna manera, los representan. Las experiencias grupales, si bien no son determinantes para el sujeto, guardan una relación significativa con sus pensamientos, sentimientos y deseos; con sus aspiraciones, expectativas y su forma de percibir el entorno en el que viven, son aspectos que contribuyen a definir la posición que cada individuo adopta y que están ligados al reconocimiento del lugar que ocupa en la sociedad. En este sentido, puede decirse que *pertenecer, sentirse y hacerse parte de* un grupo constituyen instancias nodales en el proceso de construcción de la identidad tanto personal como social (Caffarelli, 2011). El encuentro con otros aporta insumos a partir de los cuales se construyen, de-construyen y re-construyen diversas respuestas a las preguntas por la identidad: ¿quién soy?, ¿quién estoy siendo? ¿quién quiero ser? El grupo de pares es esencial para la producción subjetiva de la masculinidad individual, proporcionando espacios para construir discursos y performances masculinas aceptadas y valoradas por sus pares y los distintos grupos. A la vez algunos integrantes pasan a actuar en ciertas ocasiones como "policías de género"

penalizando comportamientos fuera de lo esperado o enseñando cómo se debe ser un “verdadero hombre” (Vásquez del Águila, 2013)

También, se entiende por género como “el conjunto de significados imaginarios, que son construcciones sociales y definen lo femenino y lo masculino, dando forma al lenguaje que precede de la formación de individuos en una cultura” (Fernández, 2009, p. 63). Con relación al estudio sobre las masculinidades Vásquez del Águila (2013) considera dos elementos claves: la pluralidad y las jerarquías de las diversas formas de ser hombre. La pluralidad revela que existen múltiples formas de ser hombre influenciadas por factores como raza, clase social, orientación sexual, edad. Además, hay versiones de masculinidad más valoradas según cada grupo, estableciendo una jerarquía según las expectativas sociales que categorizan masculinidades como exitosas o fallidas. Este autor argumenta que las *masculinidades exitosas* serían las que logran cumplir las pruebas e imperativos de la masculinidad y la sexualidad hegemónica, hombres que están más cerca de estos modelos dominantes no sienten la presión de convertirse en hombres. De hecho, viven de manera natural su adhesión a este rol hegemónico e incluso presionan a sus pares para cumplir con el mandato social dominante.

Para otros hombres esta situación de lo hegemónico se convierte en pruebas inalcanzables y en la amenaza de convertirse en varón, pero con la base de *masculinidades fallidas*. Los adolescentes y los hombres jóvenes aprenden a negociar sus propias experiencias con las inalcanzables expectativas sociales sobre lo que significa ser un hombre de verdad para la masculinidad hegemónica; aprenden que ciertos logros pueden ocultar o minimizar otras fallas, por ejemplo, a través de la pertenencia a grupos de hombres "duros" que refuerzan la hegemonía y disimulan posibles torpezas o fallas en otras actividades masculinas como puede ser, no destacarse en deportes rudos.

Debe señalarse, que la construcción de la masculinidad no es un proceso individual, sino que se crea dentro de una cultura y momentos históricos específicos que ofrecen a los hombres ciertas opciones, posibilidades, formas de actuar y comportarse en el mundo público (Gaba, 2012). Estas asignaciones sociales de masculinidad y feminidad, que se aplican a hombres y mujeres, condicionan las identidades y roles sociales basados en jerarquías, desigualdades y en las relaciones de poder, son referidas como *masculinidad hegemónica* por Connell (1995). Esto señala cómo debe ser el hombre, incrementa las posibilidades de enfermar y de sufrir asociadas a esta masculinidad. Los varones sienten una gran presión se exponen ellos mismos a excesos de dolor, peligros, a la frustración y falta de consideración hacia sí mismos que repercute en el cuidado de sus cuerpos, pudiendo explicar con esto las altas tasas de mortalidad por suicidios. Para Menéndez (1994) es un modelo social que afecta crucialmente la renuencia de los hombres a adoptar medidas de protección y cuidado personal, dado que la auto

preservación se percibe como incompatible con la noción tradicional de lo que significa ser un hombre. Por consiguiente, resulta fundamental la influencia de la concepción de género en la clínica psicológica, debido a que la definición de masculinidad en adolescentes varones es singular y guarda relación con una mayor tasa de mortalidad en suicidio, de varones con relación a las mujeres, como decíamos al principio con las cifras.

Por, sobre todo, el concepto de salud y enfermedad deben comprenderse las diferencias subjetivas con relación a la vivencia de género en el sujeto adolescente. En este sentido, Stolkiner y Ardila (2012) entienden que la salud es un proceso que abarca factores determinantes en la salud colectiva, donde la perspectiva de género nos permite entender cómo las desigualdades sociales entre lo masculino y lo femenino afectan de manera diferente el proceso de salud y enfermedad.

Cabe preguntarnos, ¿de qué manera los varones adolescentes devienen hombres en la actualidad?, ¿cuáles son los imaginarios sociales de los adolescentes en relación al cuidado de sí mismos?

Autores como Agüierre y Güell (2002) subrayan que el género masculino es una variable que produce mayor vulnerabilidad y riesgos asociados a la construcción social de la masculinidad, que experimenten sucesos tales como: accidentes de tránsito, lesiones y enfermedades cardiovasculares, a menudo relacionadas con el uso del alcohol, el estrés y los estilos de vida. De la misma manera, con los riesgos de la actividad sexual sin protección y la promiscuidad como comportamiento, la resistencia a ser atendidos por los servicios de salud y la violencia corporal esta última con el motivo de defender el honor, entre otros problemas.

¿Qué es ser hombre?, ¿cualquier adolescente puede hacer y responder esta pregunta? Las respuestas pueden ser muchas y muy distintas. Cualesquiera que sean los significados sobre qué implica ser hombre, lo que estaría fuera de discusión es que hay que serlo. ¿Pero, porque deberían sentir tal presión?

La *masculinidad hegemónica* adquiere peso propio. Agüierre y Guell, (2002) la definen como un conjunto de mandatos impuestos a los hombres. Estos mandatos son construidos socialmente y afectan su autopercepción, el autocuidado además de las relaciones afectivas con sus familias y/o amigos. Los mandatos definen comportamientos esperados en diversas situaciones y están vinculados a los cambios físicos y en la personalidad e influyen en la conducta, así como también las relaciones sociales de los adolescentes. Esta interacción con pares se funda como un componente esencial que impulsa a los jóvenes hacia un mundo externo, donde entablan relaciones con otros hombres, lo que incide en la construcción de la propia identidad. Dentro de este marco, los hombres validan su posición y experiencias, transformando el "exterior" en un espacio donde se ponen a prueba mandatos masculinos, tales como el honor y el riesgo (Agüierre & Güell, 2002)

Los adolescentes varones construyen la propia masculinidad atravesados por la identidad de género, el sexo asociado a la presencia de los genitales y la sexualidad infantil, lo cual adquiere fuerza en la adolescencia, desarrolla y evoluciona a lo largo de la vida.

Estos discursos, sobre la masculinidad en las familias, pueden entrar en conflicto con los que va encontrando en la escuela y sus amigos. Según Butler (1990) la identidad de género se estabiliza mediante actuación y rechazo. La *actuación* revive los modelos culturales de masculinidad, mientras el *rechazo* fortalece la identidad de género, delimitando lo que no se debe ser. La falta de reconocimiento de sí mismos de verse o no como hombres completos, debido a que pudieran no cumplir con las expectativas esperadas en la adolescencia, lleva a idealizar la masculinidad adulta como una meta a alcanzar, sobreexige al yo y retroalimenta la frustración permanente. Connell (1995) sostiene que esta forma de masculinidad se presenta como aspiración en lugar de realidad. Esta imagen de “hombre verdadero” para la masculinidad hegemónica establece un ideal que parece inalcanzable y se construye sobre la demostración de fuerza física y actividad sexual.

En base a lo anterior, corresponde traer e interpelar lo masculino. El sexólogo uruguayo Campero (2014) plantea el concepto de *masculinidades alternativas*, subversivas o subalternas, que son percibidas como versiones secundarias o inferiores de la masculinidad dominante. Esto incluye manifestaciones sensibles, no competitivas, no heterosexuales que desafían el prejuicio masculino sobre el deseo sexual. También, son consideradas masculinidades no violentas, feminizadas e infantilizadas y/o habitando en cuerpos de mujeres, así como también aquellas otras masculinidades de hombres que se expresan de forma diferente. Estas expresiones, reconocidas o no, desestabilizan la masculinidad predominante o hegemónica, que debe identificarlas y enfrentarlas para mantener su imagen original. Las manifestaciones subalternas cuestionan y tensionan a la masculinidad predominante. Aponte y Laverde (2021) destacan la importancia de las *masculinidades alternativas* para nuevas formas de ser hombres. Se comprende que estos grupos son conscientes de la responsabilidad de los hombres en el mantenimiento de la desigualdad con las mujeres y son capaces de criticar sus propias acciones en el ejercicio del poder. Ellos promueven la equidad de género, el activismo social, la formación de grupos de reflexión para hombres, entre otros, con el objetivo de desmantelar el ideal de masculinidad dominante y establecer modelos que ayuden a prevenir y eliminar la desigualdad de género (Cardeñosa et, al. 2021)

En esta misma línea, Boscán (2008) afirma que la construcción de la masculinidad debe considerar diferentes perspectivas, tanto de hombres como de mujeres, y presentarse como una concepción *abierta, plural, flexible y dinámica* que permita abarcar diversas formas de expresar la masculinidad.

Por ello, los grupos de hombres nuevos tienen la responsabilidad de analizar y desmontar el impacto negativo que la masculinidad hegemónica tiene en los hombres. Estos grupos se organizan y actúan para deconstruir la masculinidad sexista (Bergara et al, 2008), presentando una serie de propuestas que abordan la teoría de estos colectivos de hombres.

Para la deconstrucción de masculinidades hegemónicas, Bonino (2003) dice sobre los colectivos disidentes que:

“... rechazan el modelo masculino dominante, el sometimiento acrítico al corporativismo viril y la homofobia, no se avergüenzan de la influencia de las mujeres en sus vidas y proponen el activismo social, la investigación académica y la formación de grupos de reflexión de varones para deconstruir el ideal de masculinidad hegemónica y construir masculinidades alternativas, romper la complicidad masculina anti sexista y practicar la igualdad con las mujeres (p. 117)

Estas nuevas masculinidades se presentan como una oposición a los valores patriarcales y se caracterizan por su dinamismo, sin ser encasilladas como buenas o malas. Connell (2001) afirma que la concepción de la masculinidad es variable y se transforma a medida que los jóvenes interactúan con significados y representaciones de género que les rodea. De forma similar, específicamente con los adolescentes buscan referentes que les permitan cumplir con las expectativas sociales y al mismo tiempo encontrar un sentido de pertenencia, lo que también implica una dimensión consustancial en sus interacciones. No obstante, analizar las masculinidades únicamente desde la óptica masculina hegemónica resulta incompleta, puesto que el género se configura como un sistema interactivo y esencial para la comprensión de la identidad masculina (Connell, 2002)

1.4.- Parentalidades y Adolescencias

Al pensar en las parentalidades, corresponde definirla como la capacidad práctica que poseen los adultos, los cuidadores principales para atender las necesidades de los niños, niñas y adolescentes (NNA) Se trata de nutrirlos en el sentido más amplio, sino también proporcionarles protección, educación, etc., hasta llegar a la adultez. La parentalidad es una práctica social que demanda la creación de una red de apoyo que fortalezca y provea recursos para la familia (Barudy y Dagtagnan, 2010). Puesto que, las formas de ejercer la parentalidad son esenciales en la constitución psíquica y desarrollo del niño, imposible apartar de estas funciones las relaciones de apego como vínculo esencial de base para el desarrollo del niño, esa relación fundamental que implica al bebé y las figuras de apego primarias (padres, cuidadores principales).

En otras palabras, las parentalidades están implicadas constitucionalmente en la construcción de la identidad y subjetividad adolescente. Por esta razón, ellos deberían poder contar con figuras de apego y regular adecuadamente sus actividades a las restricciones que existan, para adaptarse activamente a las normas sociales, comprender las restricciones, también tolerar lo imprevisto y flexibilizarse ante la autoexigencia. La sensibilidad de los cuidadores no es una debilidad, sino que, darse cuenta de las necesidades vitales, que la puesta de límites también es cuidar, desde la empatía y actitudes de apertura, sin operar la censura a través de prejuicios.

El apego seguro en la infancia se asocia con un mejor bienestar emocional, mayor resiliencia y mejores habilidades de afrontamiento en la edad adulta. Por el contrario, un apego inseguro puede predisponer a problemas emocionales y dificultades en las relaciones interpersonales en las otras etapas de la vida (Bowlby, 1998). Es fundamental aclarar en qué medida se establecen relaciones más complejas en la adolescencia, surgen expectativas y patrones de conducta derivados de esas experiencias de apego primario, aunque no se limitan estrictamente a ellas. Por lo tanto, el rol que asumen los cuidadores para con el niño y la niña les proporcionan modelos cognitivos de referencia sobre sí mismos y los demás, los que Bowlby (1998) denomina "modelos afectivos internalizados". Estos modelos influyen en las expectativas y definirán la forma en que se relacionarán afectivamente.

En un contexto temporal más actual, para Hornos (2014) el apego es:

Un modelo vincular seguro es un modelo interno de relación que brinda a la persona una experiencia de seguridad que le lleva a sentirse valioso, sentir que tiene un lugar propio en el mundo y anticipar experiencias positivas a la hora de vincularse con otras personas (p. 23)

Al respecto, afirma que la relación entre las experiencias de apego en la primera infancia y los modelos vinculares en la adolescencia son importantes, pero no lineales, debido a que transforman y se amplían al incorporar la influencia de otras relaciones afectivas que establecen los adolescentes. Por ende, el apoyo social y familiar juegan un papel fundamental en la vida de los adolescentes. La presencia de relaciones afectivas sólidas y la comunicación abierta en el hogar y en el entorno social pueden fortalecer la autoestima, promover el bienestar emocional y reducir la sensación de soledad o desamparo, factores claves a la hora de pensar cómo se relacionan los estilos afectivos, la vivencia de sí mismos con la prevención del suicidio en esta población.

En consecuencia, el ejercicio de la función parental, para Barudy y Dagtagnan (2010) hablan de la función primordial de los cuidadores principales. Acerca de los desafíos invisibles de la paternidad, hacen énfasis en la relevancia de identificar a aquellos padres que concibieron a sus hijos pero pueden carecer de las competencias necesarias para llevar a cabo una crianza adecuada. Tales situación puede

derivar en múltiples insuficiencias en los cuidados y también dejarlos expuestos a experiencias de maltrato, violencia y abusos. Sin embargo, estas deficiencias pueden ser mitigadas a través de intervenciones adecuadas que involucren a otras figuras significativas en dichas funciones, otros capaces de satisfacer las necesidades emocionales de los niños mediante una parentalidad social que atienda integralmente los requerimientos de estos niños. Los autores construyen fundamentos y acuñan el término de “*parentalidad social*” para incluir conceptos como la coparentalidad o la parentalidad comunitaria” (p. 36). Esta perspectiva considera el papel que juegan en la crianza miembros de la familia extensa, como pueden ser figuras significativas del barrio, de la comunidad, docentes y otros profesionales que trabajan con adolescentes.

De todas maneras, las experiencias afectivas distintas a las familiares cuestionan, juegan un papel vital en la formación del sujeto, amplían o restringen los modelos de apego previos, aunque permiten a los adolescentes realizar ajustes en la forma de relacionarse, posicionarse y diferenciarse desde su propia identidad. La importancia de las experiencias de apego en la niñez son base y modelo para que -con mayores herramientas- los adolescentes desarrollen la capacidad de reconocerse, construirse y resignificarse en una narrativa coherente y/o distinta a aquellas primeras experiencias. Es más, permitiría integrar las experiencias dolorosas y transformarlas en un motor de cambio y crecimiento. En última instancia los adolescentes logran comprender y narrar su propia historia, en la que pueda equilibrar hacia un lugar menos negativo con relación a vínculos de apego internalizados como base insegura de la personalidad. En atención a una mirada más positiva y realista de los adolescentes, también dice Hornos (2014) que logran alcanzar la reorganización y acomodación de los cambios en su propia identidad. A su vez, que la intencionalidad desde el mundo adulto debería pensarse desde un acompañamiento hacia los adolescentes (Hornos, 2014).

Desde la teoría psicoanalítica, son los padres quienes ofrecen los primeros modelos identificatorios que existen en la historia del sujeto, incluso antes del amor de objeto, van configurándose las identificaciones. Fabre (2018) señala acerca de la identificación primaria como aquella conocida como la exteriorización más temprana de la ligazón afectiva con el otro.

En el primer momento de la vida, se le asigna a la madre el papel fundamental, modelo del amor primario en el proceso de identificación de los hijos. A través de la interacción con ellos, los niños adquieren conocimientos sobre los roles de género, las normas sociales y la forma en que deben actuar en diversas circunstancias. Como resultado, la identificación será un elemento constitutivo del psiquismo que permita la transmisión de valores de una generación a la otra. En el interjuego de las representaciones psíquicas, los padres transmiten a los hijos el deseo de crecer y de parecerse o no a ellos.

De este modo, las identificaciones primarias influyen en la identidad del adolescente y la construcción singular de la apropiación del género.

La identificación en la identidad adulta se conforma mediante el interjuego de mecanismos inconscientes, de las necesidades del yo y las exigencias de la realidad externa. Por tanto, como se mencionó en interacción con los otros referentes, los pares, la sociedad y cultura y la singularidad de las vivencias subjetivas del adolescente. No se trata de una simple imitación; más bien, se refiere a una apropiación progresiva. La identificación se da con el objeto (el otro) con quien se tiene un lazo afectivo; tiene que ver con la constitución del sujeto y está íntimamente relacionada con los vínculos creados. Las identificaciones implican una reorganización selectiva de deseos, patrones de conducta, capacidades y, también, de identificaciones anteriores, según Bernart (2021)

En este sentido, Bleichmar (2003) afirma que los adolescentes enfrentan tensiones internas durante su proceso de construcción de identidad debido a influencias sociales como la familia, la escuela, los medios y los pares. La internalización de modelos de conducta y valores implica una negociación activa entre el individuo y su entorno. Los conflictos internos surgen cuando las normas sociales y expectativas chocan con la experiencia personal del individuo, causando angustia y confusión en la identificación de los adolescentes. Estos conflictos muestran –entonces- cómo las expectativas sociales afectan la autoimagen y emociones de los adolescentes

2. Reflexiones sobre conductas de riesgo en varones adolescentes.

2.1 Experiencias adolescentes: mi mirada, otras miradas... las expectativas

Acercándonos hacia las conductas que aparecen con fuerza en la adolescencia es necesario traer aportes desde los estilos parentales de crianza que juegan un papel fundamental en las formas de relacionamiento familiar y en aquellas en las que el adolescente incursiona.

En un estudio de revisión Baumrind y McCoby y Martin (1971) (así citados por García, 2023) proponen algunos riesgos que acarrea determinados estilos de crianza, tales como: autoritario, permisivo, democrático y negligente.

Los autores los clasifican así:

El estilo parental *democrático* se refiere a padres que ponen límites, normas y reglas claras a sus hijos, manteniéndose de modo coherente y exigiendo su cumplimiento. Utilizan una comunicación comprensiva y bidireccional, tomando decisiones conjuntamente. Por su parte, en el estilo parental *autoritario* los padres no tienen en cuenta las necesidades, deseos y demanda de los hijos. Estos cultivan un control restrictivo severo, imponen normas, amenazan

y castigan tanto físicamente como verbalmente. El estilo permisivo evita hacer uso del control, no exigen el cumplimiento de normas ni tampoco utilizan el castigo. Por último, el estilo *negligente* fue caracterizado por la combinación de aquellas prácticas de crianza que devienen en una falta total de exigencia por parte de los padres hacia los hijos y una inexistente responsabilidad paterna (García, 2023, p. 3)

En esta línea de los estilos de crianza, en estudios como el de Huang et al (2019) relacionan a éstos con la ideación suicida en niños y adolescentes. Sin embargo, los adolescentes que provenían de familias autoritarias presentaban pensamientos suicidas. En igual línea de análisis, Acosta et al (2021), encontraron que los estilos negligente y autoritario están vinculados a la ideación suicida. Con relación a esto último, King et al (2018) afirman, que la falta de estilo democrático de crianza en los padres aumenta la ideación suicida. Por lo tanto, la parentalidad presente y comprensiva puede actuar como un factor protector frente a la idea de suicidio

Retomando la implicación del género en la expresión de las emociones y su connivencia con las ideas suicidas, Cleary, (2012) dice sobre las manifestaciones de las emociones que están estrechamente influenciadas por los imaginarios sobre el género, existen diferencias de género en el comportamiento emocional y pueden reforzar las creencias sobre ellas. Pueden explicarse por la exteriorización de mayor angustia en las mujeres en comparación con los hombres, así como también la tasa de suicidios es más alta en ellos, los varones. La gran dificultad de varones en expresar emociones de manera asertiva, especialmente las consideradas "femeninas", ha sido identificada como un factor de riesgo para el suicidio dado que las formas hegemónicas o convencionales de la masculinidad construye al hombre como un ser estoico e invulnerable, lo que impide buscar ayuda para sus problemas físicos y psicológicos (Clare, 2000 citado por Cleary, 2012).

Las construcciones más tradicionales del ser varón pueden tornarse pocos flexibles en cuanto a la expresión de las emociones, lo cual promueve una masculinidad que tiende a inhibir la expresión de la angustia, haciendo posible la inscripción del dolor a nivel del psiquismo y en el cuerpo. Estas construcciones convencionales de la masculinidad influyen en la decisión de no compartir problemas con la familia o amigos, lo que pone en evidencia conductas de aislamiento.

En este sentido, admitir la angustia, el miedo, ansiedad, implica debilidad y está relacionado con el ámbito femenino lo que teóricamente se relaciona con la idea de que ciertas masculinidades no hegemónicas. En algunos casos aparece sintomatología en la esfera de lo afectivo y en otros también puede comprometer la salud de los varones. Los varones que siguen estas reglas de masculinidad

enfrentan mayores riesgos para su salud que otros varones. Las formas tradicionales o convencionales de masculinidad presentan al varón como una persona fuerte e invulnerable, lo que dificulta, en muchos casos, la búsqueda de ayuda para problemas físicos y emocionales e incluso el varón es colocado desde el sistema de salud en un lugar donde queda invisibilizado (Courtenay, 2000). La presión de no cumplir con las expectativas de cómo se debe ser conlleva a no dar a conocer sus emociones, las cuales puede intensificar la angustia y puede aumentar el riesgo y desde un lugar desconocido aparece este sufrimiento detrás de conductas y comportamientos suicidas. Por esta razón, Courtenay (2000) agrega que el no expresar emociones puede aumentar la angustia y el riesgo de comportamiento suicida.

Desde el punto de vista social, a pesar de que, no todos los hombres comparten estas creencias y prácticas, sigue habiendo una predominancia del modelo hegemónico de cómo ser hombre y también es modelo identificadorio que la cultura ofrece al adolescente. Estas actitudes surgen de una socialización que enseña a los varones desde la niñez la importancia de mostrar fortaleza y esconder las emociones y el dolor (Connell, 2002). Nuevamente, los escollos para el desarrollo emocional podrían explicar entonces por qué en algunos hombres adultos permanecen las dificultades para identificar qué les sucede (Courtenay, 2000).

Un factor más de inhibición social, temores y vergüenza asociadas sumergen al adolescente y son más propensos a relacionarse y aislarse en el mundo digital, contradictoriamente en la adolescencia de la virtualescencia. En ese espacio intangible viven en la ilusión de una compañía constante a través del entramado digital de las redes. En la nube o espacio virtual indefinido, estos jóvenes encuentran un lugar donde pueden alzar su voz, expresarse y mostrarse cómo sienten, probarse, reconocerse y también exponerse “a” y “con” otros. Es decir, de la forma en cómo transitan este tiempo virtual puede producir una mayor dependencia a las redes sociales, buscando validación y aceptación de otros. De no obtenerlo pueden sentirse fracasados e incomprensidos, lo que determina e impregna de intensidad a sus emociones (Gozlan, 2019)

Surge la interrogante, de cómo se autopercibe el adolescente varón en el espacio virtual. Este mundo genera la sensación de constante compañía y la posibilidad de satisfacer necesidades con tan solo enviar un mensaje. Aunque, no reemplaza la ausencia de presencia real de los otros significativos e importantes como la familia, las actividades recreativas y la comunidad de pares son y no son reales, al mismo tiempo para él. Tanto es así, que en ocasiones no logra superar el sentimiento de soledad, que viene acompañado por un vacío (Ramírez & Anzaldúa, 2014).

En esta misma línea, desde relatos ejemplificamos sentires adolescentes: “No sé qué hacer cuando quedo desconectado(a) de las redes sociales”, “estoy atento(a) a las alertas que me envían desde las

redes sociales a mi teléfono o a la computadora” (Salas-Blas et al, 2020. p. 109). Otro joven expresa: “no necesito ayuda, solo necesito una computadora” (Gozlan, 2016, p.452)

En este mundo virtual, ¿qué tan real es el abrazo de un ser querido? Y en otros escenarios de la vida, ¿la expresión de los afectos está disponible o puede ser alcanzado?, ¿... y qué sucede cuando ese abrazo protector no existe o dejó de estar accesible?

Los chicos se encuentran inmersos en un mundo irreal. Esto, sin embargo, tiene un impacto emocional en ellos y los deja en situación de vulnerabilidad.

Los adolescentes presentan cierta fragilidad en esta etapa y edades en la cual se generan cambios significativos a nivel cerebral, corporal, cognitivo y psicosocial. Dolto (1990) señala al respecto que el adolescente tiene una gran fragilidad -similar a la de un bebé- acerca de lo que opinen de él y las miradas que reciben. Prestan mucha atención, les importa y sienten que son como el centro de las miradas de los demás, en una manifestación de cierto egocentrismo de carácter social.

En este sentido, Wolf (2022) dice: “duele el no recibir una mirada real y amorosa de sí mismo”. Esta mirada virtual o presencial puede llevar al adolescente a sentirse incomprendido y rechazado, lo que aumenta su sufrimiento interno. Asimismo, Makdessi (2018) afirma que los jóvenes tratan de silenciar su vida afectiva vivida como vergonzosa o culpable y ante cualquier indicio y de sentirse incomprendido puede resultar en una herida narcisista, que se caracteriza por la vergüenza de no poder o no tolerar sus frustraciones. Este autor afirma que el déficit narcisista puede conducir a comportamientos riesgosos y autodestructivos y/o llevarlos a reaccionar con agresividad. La no mirada del otro puede contribuir a la aparición de la sensación de vacío.

Otras veces la arrogancia narcisista en la que se escuda el adolescente o hace gala de arrogancia irrespetuosa podría compensar mágicamente este vacío y puede llegar incluso a conductas actuadoras. Muy a menudo, esta mirada insoportable, vacía de deseo, les devuelve rechazo, recrudeciendo el sufrimiento (Makdessi, 2018). Ante la mirada de los demás, los jóvenes pueden fracasar, sentirse disminuidos, inútiles, sin límites, avergonzados. De Gaulejac (2015) analiza la vergüenza y la expresa como un sentimiento profundo, casi indescriptible, que se entrelaza con la existencia misma, causada por un otro que juzga, condiciona, lastima y genera un gran sufrimiento interior en el individuo. Este sentimiento puede consolidarse como riesgo psicológico importante en el desarrollo de la ideación suicida en los adolescentes varones, dado que el rechazo moviliza vivencias de abandono de ese otro fundamental y busca el reconocimiento de sus pares, que de no hallarlo retorna en escenas y vivencias de mucho sufrimiento.

En otras palabras, la ausencia de amor que nutre puede llevarle a comportamientos autodestructivos con momentos de letargo y gran sufrimiento, incrementando su vulnerabilidad lo cual explicaría -de

alguna manera- la gran dificultad de tolerar frustraciones que impliquen una espera de algo que no llega, sino que desespera y agota emocionalmente al adolescente. Sin expresión, el dolor insoportable lo avasalla, querer escapar y hallar una solución puede intentar quitarse la vida como forma de controlar la vida. En definitiva, las vivencias del adolescente en devenir varón pueden llegar a ser el origen y base de las ideas suicidas en ellos.

2.2. Las relaciones de poder: el bullying y las instituciones educativas

Así como en el apartado anterior decíamos que la mirada del otro afecta hasta dimensiones impensadas, otro de los factores de riesgo relevados en el suicidio de los adolescentes es la frecuencia del acoso escolar. Fenómeno también conocido en inglés como *bullying* que implica un comportamiento abusivo y de poder de una persona o un grupo hacia un compañero/a de forma repetitiva en el tiempo cuya única finalidad es causar daño, mediante distintos tipos de violencia física, sexual y psicológica (Gelpi, 2019). En la mayoría de casos no existe una provocación por parte de la víctima, se reduce y se basa en el sentimiento de superioridad del agresor. Este tipo de violencia escolar puede tener graves consecuencias en la salud mental de todos los adolescentes, incrementando la vulnerabilidad y en los varones -mayormente- impulsarlos a cometer suicidio (Buelga et al, 2022).

Ahora bien, en la sociedad que vivimos marcada por una dependencia y expansión de la digitalización, es cada vez más común el ciberacoso o *cyberbullying*. Este término hace referencia al acoso virtual que sufren multitud de adolescentes y abarca también otros términos conocidos como el *grooming* que es el acoso en línea realizado por un adulto hacia un menor de edad. De la misma manera, el *sexting*, que es el intercambio de mensajes online de contenido erótico y consecuencias devastadoras para las víctimas. La exposición constante a todo tipo de contenido en línea y la dificultad para eliminar mensajes provocan agobio en la víctima (Gelpi, 2019). Por lo tanto, es esencial considerar al ciberacoso como ejercicio de violencia con efectos perjudiciales de igual importancia que las otras, ya que causa daño psicológico, profundo y abrumador. Las investigaciones indican que las consecuencias del ciberacoso afectan tanto a las víctimas como a los agresores -de forma diferente- lo que subraya la importancia de abordar este tipo de acoso de manera efectiva.

Garaigordobil (2011) expresa que la exposición 24 horas al día de todo tipo de contenido en el acoso y la dificultad para poder eliminar cualquier mensaje difundido lleva a la víctima a una sensación de agobio y no escapatoria, al tiempo que no encuentra refugio en ningún momento. Este autor da a entender que cargar con las consecuencias mencionadas sumado a la nula comunicación de su estado emocional con el entorno, ya sea por miedo, vergüenza, rechazo o la propia presión ejercida por el grupo de pares, de amigos, puede dar comienzo a pensamientos suicidas y/o a planificar la realización

del propio acto de suicidio por sentirse en una sensación de ahogo y no poder visualizar una solución a su situación. Antes de recurrir a medidas letales, los adolescentes tienden a recurrir a las autolesiones en un intento de controlar el dolor, las emociones y el estrés fuertemente ocasionados por el acoso cibernético. En este sentido, Garaigodobil (2011) explicita que este fenómeno no solo involucra a los estudiantes que perpetúan el acoso, sino también a los docentes que están en contacto con estas dinámicas en el entorno educativo. Las consecuencias del acoso escolar van más allá de la carga emocional que sufren los jóvenes. Aquellos que han soportado esta violencia a menudo salen de las instituciones educativas llevando consigo una pesada carga psicológica que puede desencadenar una y otra vez situaciones de estrés, que de no atenderse en los casos severos consolidan trastornos psiquiátricos en etapas posteriores de la vida. Con el paso del tiempo este cruel fenómeno genera un desajuste social profundo, ya que los individuos que lo padecen acaban creyendo que no merecen estar en un entorno donde sólo experimentan dolor (Buelga, et al, 2022). Entre las consecuencias más graves y alarmantes se encuentran los intentos de autoeliminación (IAE) y los suicidios.

Un adolescente dice: “Muchas veces me acostaba y si... lloraba y me preguntaba ¿por qué? Me hacen esto ¿por qué yo tengo que soportarlo, por qué soy el único en la clase que le hacen esto...?” (Gelpi, 2019, p.72)

Como podemos ver la angustia, la soledad y el aislamiento son efectos devastadores del bullying, llevando a los jóvenes a rechazar el liceo o incluso a abandonar sus estudios por completo. Es fundamental entender, que el suicidio es una de las principales causas de mortalidad entre los adolescentes, y en algunos casos hay una conexión directa entre el acoso escolar y esta trágica estadística (Buelga, et al, 2022)

Por otro lado, el desempeño escolar en estos contextos repercute negativamente en las calificaciones, lo cual pone en cuestión los resultados de las evaluaciones de los aprendizajes (Reyes, 2003).

El fracaso académico es un problema complejo que afecta la autoestima y motivación de los estudiantes, que frente a las presiones no tiene la fortaleza de avanzar en ese centro educativo y se encierra en sí mismo (Salum Fares, 2011). Esto puede causar insatisfacción personal, desmotivación, baja autoestima y depresión, impactando en su salud emocional (Hernández, & Pozo, 1999). El bajo rendimiento en adolescentes en ocasiones está relacionado con factores evolutivos, emocionales y cognitivos (Novaez, 1986, citado por Reyes, 2003), causando niveles de estrés intolerables que pueden impulsarlos a tomar decisiones drásticas.

Según Freitas (2020) es la institución educativa el escenario donde la palabra adquiere múltiples significados y se convierte en un signo ideológico, dado que la palabra del otro es un elemento constituyente. Por lo tanto, se destaca la importancia de la mirada atenta del docente como un agente que organiza, orienta, acoge, protege y brinda seguridad, lo cual permite que los adolescentes tengan

espacios para actuar, exponerse y animarse a crear, puesto que a veces son los únicos espacios donde se dan procesos de socialización fundamentales para ellos. Sin embargo, en las instituciones también se observa el desborde de los adultos, paralizados en su capacidad de respuesta y en atender a las necesidades de los adolescentes. Estos adultos que no logran manejar las tensiones y conflictos, desmotivan aún más a los jóvenes. Entonces, la mirada del docente, del educador pueden influir positiva o negativamente en el desarrollo de los jóvenes, afectando su motivación y autoestima (Freitas, 2020; Giorgi, 2009). Cada mirada lleva consigo un punto de vista, y lo que se percibe sólo adquiere valor determinante en función de la relación que se establece con el otro, ya que conocer al otro implica una relación de integración, identificación y reconocimiento de su singularidad y particularidad. Según Freitas (2020) la mirada de otros pares puede obturar, condicionar el comportamiento del adolescente observado y afectar su rendimiento académico, emocional y psicológico.

2.3. Adolescentes varones y conductas de riesgo suicida.

Es necesario conceptualizar algunos términos estrechamente relacionados con conductas de riesgo suicida. Reflexionaremos sobre el acto de quitarse la vida:

¿El suicidio...patología, enfermedad para él? El suicidio es un fenómeno y un evento singular vinculado a la vida y existencia misma. Tomado en los confines del sufrimiento como la única salida posible a la resolución de conflictos. El suicidio como proceso presenta señales y factores de riesgo, dentro de los cuales puede haber patologías asociadas. Por otro lado, es un evento en estrecha relación con aspectos sociales, como hemos venido señalado en los apartados anteriores. En este sentido, la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2014) proporciona un marco conceptual que permite desentrañar el suicidio como un acto deliberado (sin más detalles) y definido como “un acto con resultado fatal en el cual el fallecido, conociendo o esperando este resultado, lo ha iniciado y llevado a cabo con el propósito de provocar los cambios deseados”. Esta definición pone de manifiesto la complejidad del acto suicida, que no es meramente un acabose de la vida, sino una respuesta a un cúmulo de experiencias que han llevado a la persona a contemplar la muerte como una salida. Asimismo, el intento suicida se describe como “una conducta potencialmente auto lesiva con un resultado no fatal”, lo que implica que la línea que separa la ideación del acto consumado es a menudo difusa y cargada de matices (Pacheco & Peralta 2016, p. 50).

El IAE también puede ser un “grito de auxilio”, una manifestación de dolor profundo que busca ser escuchada, una desesperación tal que anhela un cambio radical en la realidad del sujeto. Por tanto, la comprensión de la ideación suicida se convierte en una tarea fundamental para la intervención efectiva,

donde la empatía y la atención comprensiva deben prevalecer (Pacheco & Peralta 2016). Es esencial considerar que la ideación suicida no surge exclusivamente de las angustias de vacío, sino que son parte de ellas. En la ideación suicida se ligan un cúmulo de emociones ambivalentes, de pensamientos, cuyos contextos y ambiente requieren un análisis exhaustivo y multidimensional. Solo a través de un enfoque comprensivo podremos vislumbrar caminos hacia la prevención y el apoyo, favoreciendo así una cultura de diálogo y entendimiento en torno a este fenómeno tan complejo.

Según Durkheim (2000), el suicidio es el resultado de factores asociados, no de una causa única y lo define como todo caso de muerte que resulte, directa o indirectamente, de un acto, positivo o negativo, realizado por la víctima misma, sabiendo ella que debía producir ese resultado” (p. 16). En esta misma línea Chávez y Leenaars (2010) toman la definición de Shneidamn desde la suicidología expresa «El suicidio es el acto consciente de auto aniquilación, que se entiende como un malestar pluridimensional en un individuo que percibe este acto como la mejor solución” (p.158)

Para Martínez (2017) el suicidio es “como el proceso sistémico de síntesis de la disposición autodestructiva que, más allá del grado de conciencia de quien lo exterioriza, está orientado a comunicar la intención de una resolución al conflicto que le da origen, por medios letales” (Martínez, 2017, p.63). Este autor considera que esta nueva definición enfatiza las condiciones sistémicas del proceso gestacional, la intención comunicativa del evento y la disposición como un aspecto que trasciende la mera determinación, la convierte en una contribución significativa para reflexionar sobre esta problemática arraigada en la realidad bio-psicosocial y cultural de Latinoamérica. Propone que sería más adecuado hablar sobre “comportamiento Suicida” en lugar de solo referirse al suicidio para poder incluir los IAE.

Respecto a los adolescentes, McKinnon et al (2016) plantean que la conducta suicida en la etapa de la adolescencia gira en relación a los siguientes conceptos; tal como la Ideación suicida es un término amplio que abarca desde pensamientos irracionales y filosóficos sobre el sentido de la vida hasta pensamientos específicos sobre quitarse la vida o llamadas de atención para suicidarse. Asimismo, las conductas autolesivas-automutilación-autoagresivas refieren a cualquier tipo de autolesiones en el cuerpo (cortes, quemaduras, otras) en las que el adolescente es plenamente consciente.

Otro concepto es la Tentativa o intento de suicidio: “el cual se puede entender como conductas de riesgo no intencionales o cualquier acto autoinfligido que cause daño al sujeto mismo, pero que no resulte en la muerte. Y por último el “Suicidio consumado: que lo define como “el resultado de poner fin a la propia vida a través de una serie de actos autoinfligidos” (McKinnon et al, 2016, p. 340).

Por el contrario, Martínez (2017) dice que: “El suicidio no es una enfermedad. El suicidio es un evento que se produce en el marco de la vida, de la re-solución de conflictos, que está asociado más arriba a distintos factores de riesgo y donde uno de ellos puede ser la existencia Psicopatológica” (p. 68).

Desde una perspectiva más analítica en el campo de la psicopatología este autor plantea la interrogante sobre si el fenómeno del suicidio puede ser atribuido a una, múltiples o incluso a la inexistencia de estructuras psicopatológicas específicas. Sostiene que es imperativo entender que el suicidio, en sí mismo, no puede ser clasificado como una entidad psicopatológica. La observación de este fenómeno permite establecer vínculos con elementos fragmentarios que podrían estar relacionados con las condiciones que lo favorecen.

Es esencial aclarar que el intento de suicidio o el acto en sí mismo son momentos en los que se produce una ruptura entre el pensamiento y la acción. Flechner (2000) afirma que el tránsito de la adolescencia a la adultez deja al descubierto un cierto malestar o sufrimiento que podrá expresarse tanto a nivel del psiquismo como también a nivel corporal. Este malestar o sufrimiento puede adquirir diversas formas: angustia de castración, angustia de muerte, estados depresivos, dolor, duelo, dado que el adolescente convoca a vivir y re-vivir un tiempo que da origen a una tensión producida, entre otras cosas, por un cambio excesivamente rápido por un lado y a su vez vivido como dolorosamente lento. Muchas veces son expresados en forma de conflictos internos (no ser lo que quieren ser, no saber cómo ser ni expresar sus emociones), de contradicciones y ambivalencias, pero también pueden adquirir otras formas mucho más severas expresadas en ataques al cuerpo y al pensamiento, serán la violencia (sea ésta implosiva o explosiva), la angustia y el dolor, en el actuar del intento suicida o el suicidio mismo (Flechner 2000). Para Viñar y Ulriksen (1993), un momento de ansiedad o impulso repentino dirige a los adolescentes en riesgo a realizar dicho acto, lo cual indica que previamente los jóvenes han sido dominados por el miedo y la desesperación. El miedo o terror desorganiza los procesos mentales habituales, interrumpiendo la capacidad de generar ciertas imágenes mentales. Estas vivencias asociadas al terror connotan una dimensión traumática que indica la vulnerabilidad o fragilidad narcisista del adolescente. Este trauma genera una angustia y sufrimiento psíquico insoportable al impedir el funcionamiento adecuado del aparato psíquico. La pubertad enfrenta al sujeto a cambios corporales y psíquicos, así como a pérdidas y separaciones que pueden aparecer como fantasmas del pasado, al mismo tiempo que se enfrenta a la realidad de la muerte. Esto puede ser especialmente difícil para los adolescentes en riesgo cuyas bases pueden haber sido establecidas de manera frágil.

Como resultado, el suicidio adolescente plantea la hipótesis de un *vértigo de identidad* que lleva a la paralización de la función mental primordial, un concepto que hace referencia a una profunda crisis o confusión interna acerca del sentido del yo o la identidad personal del adolescente. Este colapso de la identidad se convierte en un obstáculo para la función mental primordial, que es la capacidad de pensar, reflexionar y procesar emociones de manera equilibrada (Ladame, 1995 citado en Flechner, 2000). Este intento desesperado de suicidio es un esfuerzo paradójico por anular el trauma intentando corregir una identidad, que se percibe como ajena e inaceptable para él y/o simultáneamente para otros (Laufer, 1998).

¿Cómo descifrar entonces estas señales de alerta de suicidio en el adolescente?

Se ilustra a través del siguiente relato por medio de la letra de un tema de RAP (género musical) de un adolescente de 11 años:

“No quiero hablar de nada; a mí cuando juego al ahorcado, sé que es un juego, pero igual lo he pensado. Ese bullying en la escuela porque soy *un cisne raro*: un tormento, un castigo, no doy más, estoy cansado. Como una hoja en el viento, viajo sin destino: un muelle, un latido, no sentirme tan cobarde. Soy un pibe nulo, *invisible* y desoído, aunque grito en silencio ‘pueblo sordo, infierno grande’. Otra noticia olvidada ‘¡miren, me estoy *ahorcando!*’, otro caso de suicidio con mi nombre, que es Fernando” (Souza, 2023, s/p.)

Posteriormente y más adelante en el tiempo relata: “Hablar del suicidio a mí me salvó la vida, si no lo hubiera hecho tal vez hoy no estaría acá” (Souza, 2023, s/p.)

En el mismo relato Souza, (2023) pone de relieve la presión que ejercen las normas sociales sobre la identidad masculina, donde se espera que un varón se ajuste a comportamientos y preferencias específicas, como el fútbol, el básquet o el rugby, los cuales no eran de su preferencia. En contraste, la preferencia por actividades como el animé y los videojuegos lo condujo a un estado de aislamiento y a la ausencia de un grupo de pertenencia. En la adolescencia la búsqueda de aceptación es fundamental, y el sentirse marginado puede tener consecuencias profundamente negativas en el bienestar emocional del adolescente. En esta experiencia el ser “distinto”, tener otras preferencias, no las esperadas, provocó aislamiento, un mayor malestar y bullying.

Como dice De Bedout Hoyos (2008) para la adolescencia, la adultez se les vuelve inexorable, sólo la inmovilidad parecería poder detenerla, sin embargo, esta inmovilidad puede convertirse también en un camino sin retorno. El sujeto con dificultad de dominar una situación percibida como insostenible y convencido de que no existe salida, planea y ejecuta una auto-lesión fatal. En este tipo de comportamiento, vida y muerte se encuentran, se complementan y hasta se contradicen porque su

camino es el de la ambigüedad, el acto se reviste de odio y amor, de coraje y cobardía, de temor y audacia.

2.4. Relación varón adolescente y suicidio

Una proporción que se mantiene a lo largo del tiempo, aunque los porcentajes varían al desglosar los datos por grupos etarios. No obstante, en el grupo de 15 a 19 años, se ha incrementado la cifra año a año en varones.

En relación a estas cifras que se presentan, es importante reflexionar cómo la masculinidad influye en el desenlace fatal en el varón adulto. En este sentido, es importante pensar cómo los mandatos y las expectativas de género provocan altas cuotas de sufrimiento psíquico en la población masculina, especialmente cuando no se llega a cumplir lo que socialmente se espera de ellos. Estas construcciones influenciadas por los mandatos sociales ejercen presión sobre los adolescentes para mostrar fortaleza y control emocional, lo que puede generar sentimientos de inadecuación y desesperación (Alé Sánchez, 2010). La responsabilidad consigo mismo -parece ser- se convierte en un distintivo solamente adjudicado al adulto, relacionado con atributos valorados de fortaleza y seguridad inamovibles.

Acerca de la sexualidad y las relaciones amorosas, son fundamentales para analizar cómo inciden en las vivencias adolescentes, en su autoestima y en la radicalidad de la toma de decisiones. La intolerancia a esperar y la incertidumbre (frustraciones) son muy dolorosas. Por ende, el futuro es muy lejano aunque implique el día de mañana. La intensidad de los problemas suelen ser magnificados e inmanejables para él. Según relata Fierro et al (2005) en lo que respecta a la adolescencia, el amor surge en sus primeras manifestaciones y suelen caracterizarse por ser platónicos o románticos y en otro extremo se da el contacto físico de todo tipo. Este transitar en su búsqueda de objeto de amor, de querer experimentar, de ser lo que se deba ser o lo que se espera que sea, muchas veces produce sufrimiento (p.81).

Acto seguido, tales desencuentros y sentimientos dolorosos establecen una relación entre el suicidio y el concepto de género, lo que da lugar a una interacción entre las presiones impuestas por la masculinidad, entendida como el constructo social que define el papel esperado de los hombres en la sociedad (Murin & Meler, 2000). En el área emocional, Aponte et al (2021) afirman que la masculinidad a menudo se percibe como un factor de riesgo que contribuye a un mayor riesgo de la conducta suicida, destacando en particular la falta de expresión de emociones como la tristeza y el fracaso. Por ende, los estereotipos sociales son naturalizados por un contexto, reprimiendo a quienes no encajan en el modelo. La imposición de roles sociales para el varón, afecta la construcción de su

emocionalidad y desarrollo social contribuyendo al riesgo. Se genera una restricción emocional y rechazo a expresiones de afecto, lo que amenaza su salud mental y sus redes de apoyo (Barroso, 2019). O lo que es lo mismo, restringir emociones en el transcurso tiende a ser generador de pensamientos suicidas (Rosado, 2011)

Esta legitimación permite comportamientos, pensamientos y sentimientos denominados autodestructivos según Schneidman (1985) y pueden surgir debido a la constante frustración al no encajar en la configuración social de ser hombre.

Esto puede verse manifestado ante la pérdida de dominación sobre sus relaciones interpersonales lo cual puede significar no sólo una ruptura con su estatus y rol social, sino con su autoconcepción siendo una posible causa de ideación suicida. (Méndez, 2014). También puede generar estos pensamientos suicidas o de riesgo la sensación de fracaso, fracaso como padre, como hermano, como estudiante, entre otros. O sea, las expectativas que tienen los demás o que se cree que esperan los demás, ni siquiera lo que se espera de sí mismo. Otra posible relación entre la construcción de la masculinidad y el suicidio es la falta de red de apoyo y contar con ella reduce el riesgo suicida.

Para ejemplificar, Espitia et al (2023) recopilaron relatos, uno de ellos es el siguiente:

“yo siento que es en parte es eso esa no tener otra forma de desahogar las emociones o que cuando se desahogan se hacen de una forma tan fuerte que es incontrolable...no encontraba sentido de seguir viviendo, sin la compañía de esa persona, entonces en lo personal han sido dos situaciones que he querido o he pensado en quitarme la vida “(p. 53)

Se puede ver a través de este relato que la construcción de la emocionalidad masculina se ve afectada por los factores mencionados anteriormente, dado que el surgimiento y la manifestación de diversas conductas emocionales están fuertemente influenciadas por las internalizaciones y construcciones a partir de los mandatos impuestos. Los hombres presentan limitaciones en la expresión de sus emociones, debido a que se han restringido recursos y espacios para poder expresarlas.

La sensación de desprotección experimentada por los varones está vinculada a su tendencia de guardar silencio ante la vulnerabilidad, a menudo relacionada con no poder incumplir expectativas esperadas de su rol de género (Rosado et al, 2014).

Es en este sentido, la depresión masculina puede ser percibida como una debilidad en contraposición a la fortaleza asociada a la masculinidad hegemónica, lo que lleva a los varones a sufrir en silencio y volverse invisibles para la sociedad, por esta razón tienden a evitar buscar tratamiento, sufriendo así en silencio y pasando desapercibidos (Alé Sánchez, 2010). Por este motivo los hombres tienden a no mostrar explícitamente su autoexigencia por mantener la apariencia de “todo lo puedo”, lo cual dificulta la búsqueda de ayuda porque implica un signo de debilidad o vergüenza (Rosado et al, 2014).

Los factores de riesgo relacionados al suicidio en los adolescentes varones podría relacionarse, además, con enfrentamientos generacionales, rigidez de pensamiento y naturalización de procesos hegemónicos y ejercicio de poder, dominio sobre los cuerpos y la diversidad de “lo masculino”. Por esta razón, no se debe limitar la expresión de emociones y la búsqueda de ayuda profesional solamente en los momentos de crisis (Sánchez, 2010). La subjetividad masculina se moldea a través de narrativas sociales compartidas (Abarca (2022). La misma co-crea identidades en constante diálogo, es por eso que "sentirse aceptado e incluido en una comunidad y pertenecer a un grupo es también una razón válida para compartir aspectos de la vida" (Balaguer, 2017, p. 100). Esta constante búsqueda de aceptación, aprobación y validación puede generar ansiedad, estrés y sufrimiento emocional en los adolescentes, que puede devenir en conductas de riesgo hasta llegar al acto mismo, el suicidio.

3- Construyendo relaciones y acciones como prevención del suicidio

Intentaremos abordar y considerar la evidencia en los cuidados en la prevención de las conductas peligrosas y sobre la baja percepción del riesgo a los cuales los adolescentes se exponen sin prever consecuencias. Dentro de estas complejidades intentaremos demostrar cuán importante es la presencia de un otro que acompañe, que contenga y pueda estar disponible en el transitar de los adolescentes.

3.1. Resiliencia que protege, no silencia

¿Podemos decir que la resiliencia se ubica a una gran distancia del suicidio? Sin embargo, como hemos mencionado en los apartados anteriores, construirse a sí mismo sobre el imaginario masculinidad hegemónica se relaciona con soportar, superar dolores y frustraciones. *¿Ser fuerte y no llorar?, ¿es esa la bandera que el adolescente varón tiene que levantar?*

Hay una muralla invisible que el mismo adolescente refuerza, en expresiones tales como ser “inmune” a todo dolor. La resiliencia podría contribuir desde esta mirada rígida que pesa sobre el adolescente varón, en perseguir y devenir en un modelo pseudo-masculino, un yo idealizado que lo presentaría como fuerte e inmune frente a los temas que le son “prohibidos” ciertas formas de vivir la sexualidad, debilidad frente al sufrimiento-.

Si bien la resiliencia es una capacidad relacional que puede tornarse adaptativa por demás, también puede considerarse como una capacidad positiva y creadora, herramienta incorporada como protectora con un otro social que acompaña. El desarrollo de estas herramientas, como lo pueden ser la regulación emocional, comunicación asertiva y gestión de estrés pueden colaborar en la prevención del suicidio en adolescentes varones, fortaleciendo su capacidad de adaptación y su bienestar emocional.

Podemos tomar el concepto de Resiliencia de Cyrulnik, (2009) “como la capacidad humana de superar traumas y heridas. No es una receta de felicidad, sino una actitud vital positiva que estimula a reparar daños sufridos, convirtiéndolos, a veces, hasta en obras de arte” (s/p).

Fergus y Zimmerman (2005), citado por Becoña (2006), indican que “la resiliencia se refiere al proceso de superar los efectos negativos de la exposición al riesgo, afrontamiento exitoso de la experiencia traumática y la evitación de las trayectorias negativas asociadas al riesgo” (p.128).

Para Garmezy (1991) la resiliencia es “la capacidad para recuperarse y mantener una conducta adaptativa después del abandono o la incapacidad inicial al iniciarse un evento estresante” (Garmezy, 1991, p.459, citado en Becoña, 2006). Según estos autores, esta capacidad podría tomarse como un rasgo psicológico propio de la persona, pero, también se toma como un proceso, el cual le permite afrontar con éxito situaciones con altos componentes de adversidad y que, curiosamente, puede ser reforzado o menguado por esta adversidad. Plantean que la resiliencia se hace evidente cuando coexisten factores de riesgo y de protección, contribuyendo en el logro de un resultado positivo, a reducir o evitar uno negativo. En esta línea, Becoña (2006) manifiesta que son relevantes tanto los factores de riesgo que hay que disminuir como los factores protectores que hay que potenciar. En este sentido, Hornos (2014) en el texto *La intemperie y la responsabilidad* ilustra el concepto de resiliencia y considera que, durante la transición de la adolescencia a la adultez, los jóvenes enfrentarán dos aspectos fundamentales de la existencia: vulnerabilidad y responsabilidad. La *vulnerabilidad* está relacionada con la fragilidad propia del ser humano frente a situaciones de dolor, pero también de alegría y felicidad. La *responsabilidad* está relacionada con la forma en que afrontamos los acontecimientos, cómo procesamos las experiencias y cómo las enfrentamos. No se podrán elegir muchas de las cosas que suceden, pero sí podría elegir la actitud a tomar frente a ellas y a partir de ahí convertirlas en elementos para la vida o la muerte, para la alegría o la tristeza. De este modo, promover que los adolescentes asuman responsabilidades de forma gradual es un elemento clave del proceso de desarrollo en los diferentes ámbitos.

La resiliencia, entonces, no se construye en soledad, sino con otros, aunque se traduzca en una capacidad individual. Por esta razón, Ponce et al, (2021) mencionan la relevancia de poder tener acceso a una red de apoyo familiar, parental, y vincular. Es vital que en ese proceso de tránsito los adolescentes tengan una red de apoyo y no estén en soledad.

De acuerdo a la bibliografía se destacan dos proyectos que se han diseñado para transmitir la resiliencia a adolescentes. Uno de ellos es el proyecto “Reach Out” impulsado por Oliver et al. (2006) que tuvo como objetivo promover la resiliencia en jóvenes australianos de 16 a 25 años en situación de riesgo, mediante el desarrollo de sus habilidades sociales. Se buscó que los adolescentes participaran de manera significativa, es decir, tomando decisiones a través de control, significado y conexión consigo

mismos y con los demás. Los resultados han sido favorables, ya que se ha observado mejoras en la confianza, la autoestima y la autoeficacia, lo que sugiere un avance en sus conductas resilientes. El enfoque realizado en Colombia por Borges y Figueiredo (2010) sobre pares en el entrenamiento en la identificación de fortalezas en familias con conflictos internos severos, reveló el desarrollo de conductas resilientes a través de prácticas apreciativas. Se estableció un ambiente de cuidado centrado en el reconocimiento de las fortalezas familiares y sus procesos de auto-organización como medio para la transformación. Como resultado, se observó que, a mayor conexión entre ellos, mayor confianza e identificación de fortalezas ante nuevas adversidades, mayores eran sus capacidades resilientes. Es importante destacar que en ambos programas se aprecia la importancia de potenciar las fortalezas de los adolescentes, las familias y los entornos. En este sentido el programa “Enfoque a la familia” se encarga de brindar apoyo como el nombre bien lo menciona a familias que enfrentan distintos desafíos entre ellos a quienes han perdidos seres queridos por medio del suicidio con el objetivo de brindarles la contención necesaria, herramientas para poder continuar con la vida. (Focus Family, 2021)

Desarrollar las fortalezas, no en soledad sino en red, por medio de distintos programas, equipos, docentes, instituciones, etc. y tener la posibilidad que exista un mundo adulto que sostenga y acompañe a los adolescentes resulta importante para que descubran sus fortalezas y puedan potenciarlas. Como dice Cyrulnik, (2009) “la resiliencia difícilmente puede brotar en la soledad. La confianza y solidaridad de otros, ya sean amigos, maestros o tutores, es una de las condiciones para que cualquier ser humano pueda recuperar la confianza en sí mismo y su capacidad de afecto” (s/p).

3.2. La amistad como un otro que acompaña

La interacción con otros es esencial, dado que buscamos reciprocidad en nuestras relaciones. Es importante reconocer que esta reciprocidad es una parte intrínseca de las relaciones humanas. Solo de esta manera podremos trascender el límite de la relatividad y alcanzar un verdadero entendimiento mutuo. Para los adolescentes varones, en pleno proceso de cambio y búsqueda de identidad, contar con alguien con quien compartir y mirarse es fundamental (Rodríguez, 2021).

Poder crear/construir vínculos que contengan, que afecten, que alojen es importante a la hora de luchar con sentimientos de vergüenza, de sentir que no se es aceptado. No tener acceso al otro produce gran sufrimiento en los adolescentes, generando aislamiento, evitando el contacto con los demás (Tabbia, 2016)

Según Kancyper (2012) para los adolescentes la amistad funciona como una figura intrapsíquica auxiliar del individuo, actuando como un "otro" estructurador que reconoce y acepta las diferencias que surgen de lo similar, estableciendo un encuentro empático y equitativo en las relaciones intra e

intersubjetivas. El amigo representa un "otro" que valida y fortalece la identidad del individuo, enriqueciéndose al cuestionar sus conocimientos y certezas preestablecidas, creando un espacio representativo distinto dentro del funcionamiento psíquico del sujeto. La presencia de un amigo interno actúa como un sostén para el individuo, fomentando una relación de confianza y profundidad en la integración de su sentido de sí mismo (Mietzel, 2005).

El amigo cumple una función estructurante, permitiendo al Yo reafirmarse y enriquecerse en su propio territorio. La ausencia de amigos lleva a los adolescentes a sentirse solos y aislados, aumentando el riesgo de suicidio. Por otro lado, la presencia de amigos solidarios y comprensivos puede ser un factor de protección significativo en la vida de un adolescente (Rodríguez, 2021), por lo cual es esencial fomentar relaciones positivas y saludables en esta etapa de desarrollo. La amistad implica varios elementos como la confianza, la lealtad, la transparencia, la compasión, la empatía y el control pulsional, que se entrelazan en una tensión constante.

De esta manera, la amistad tiene diversos atributos para el funcionamiento psíquico tales como: estructurantes, elaborativos, sustitutivos, protectores y ontológicos, que suelen articularse y reforzarse entre sí. La amistad también puede operar como una sustitución de funciones parentales y fraternales (Giró, 2011). Es un soporte fundamental para construir y reforzar la identidad a lo largo de las diferentes etapas de la vida. La función defensiva y protectora de la amistad se manifiesta cuando se utilizan las relaciones de amistad para evitar situaciones conflictivas que no puede resolver por sí solo. La amistad es un refugio que preserva al individuo de las realidades psíquicas y externas, actuando como un antídoto contra la intolerancia y el fanatismo (Kancyper, 2012).

Estos vínculos de amistad son muy relevantes se pueden observar a través de las redes sociales y donde se visibiliza la importancia de la interacción en estos entornos virtuales, en el cual los jóvenes tienen la oportunidad de explorar cómo relacionarse, los diversos roles y experimentar con su identidad (Bohórquez, 2014). De todas formas, como fue señalado anteriormente la comunicación en línea puede ocasionar dificultades en la toma de decisiones, comportamientos hostiles y relaciones superficiales, lo que repercute en el bienestar personal.

La amistad se sustenta en la confianza, la comunicación, la intimidad y el cariño, aspectos en los que se comparten sueños y se organizan actividades de interés común. La relación de amistad se construye con el tiempo y puede perdurar, basándose en la cercanía, la similitud, la complementariedad y el intercambio satisfactorio. Dentro de esta relación, se identifican amigos "amistosos" y amigos íntimos, con un alto grado de intimidad y confianza (Gordo, 2006).

La presencia física se considera esencial para interpretar las interacciones sociales, ya que facilita una comunicación no verbal que enriquece la amistad. La interacción en redes sociales puede modificar la

concepción de la amistad, siendo denominados como "contactos" en lugar de amigos con una menor conexión emocional, pero sí con intercambio de información. (Gordo, 2006).

Por tanto, el adolescente requiere de la presencia de otro, para poder tener al menos un compañero cercano que pueda servir como sostén y por qué no de protección contra la discriminación y victimización por parte de sus pares y acompañar en los problemas. Las amistades juegan un papel crucial en el desarrollo personal, la adaptación social y el bienestar; su importancia se hace especialmente relevante durante la infancia y la adolescencia, tal como señala Rodríguez (2021).

3.3 Proyecto de Vida como protector y una mirada al futuro

Pensar en los adolescentes, también implica pensar en la elaboración de *proyectos de vida* que tienen su vínculo con las trayectorias educativas y las transiciones relacionadas con el futuro (Garces et al, 2020). En la configuración del proyecto de vida, los adolescentes pueden enfocarse en las ideas propias, buscar orientación y opiniones, solicitar apoyo institucional, entre otras cosas. Los proyectos que los adolescentes puedan ir construyendo están vinculados con la comprensión que se tenga de sí mismo, del mundo, de los otros; y es una práctica diaria que ubica la mirada en el futuro y promueve la independencia del individuo en constante reflexión y cambio en la formación de su identidad y su vida (Quitéria dos Santos et al, 2009).

El proyecto de vida se define como el modelo ideal de lo que uno espera o desea ser y hacer, teniendo en cuenta las reales posibilidades internas y externas para llevarlo a cabo, definiendo la relación de uno mismo con el mundo y consigo mismo en un contexto social específico (Betancourth, 2017). Desarrollar un proyecto de vida es importante para el desarrollo humano y un factor protector relevante en la prevención de la conducta suicida en las adolescencias (Parrilla et al, 2010). Sin embargo, para los adolescentes la creación de este tipo de proyectos supone caminos complejos tanto emocional como socialmente.

Desde la perspectiva de las masculinidades adolescentes, se atraviesa durante este período de la vida una etapa de incertidumbre al enfrentar las dificultades en hallar medios y herramientas para construir su futuro, ya sea profesional como amoroso (Garcés, et al. 2020).

Los jóvenes, según López (1999 citado en D'Angelo, 2000) se enfrentan a profundos cambios y ello implica poder reaccionar ante sucesos, muchas veces inesperados. Para ello, es importante el desarrollo de habilidades que les posibiliten pensar, sentir y actuar frente a las experiencias vividas.

En términos académicos, el proyecto de vida profesional se refiere a la forma en que los estudiantes eligen una carrera u ocupación, para asumir en el futuro un papel profesional y laboral (D'Angelo,

2000). En este mismo sentido, los estudios de Garcés et al (2020) dicen de los adolescentes que tienen como prioridades en su proyecto de vida: el ocio y tiempo libre, tener dinero, mudarse y las relaciones de pareja. En variados casos no priorizan la realización de una carrera o estudios y prefieren opciones más prácticas y rápidas para integrarse al mercado laboral. Sin embargo, muchos plantean que cambian constantemente de opinión sobre su vocación y se dejan influenciar en sus decisiones. Asimismo, consideran que no han reflexionado sobre su futuro, sus planes son confusos y les resulta problemático planificarlo. Además, en la construcción de los proyectos profesionales de los adolescentes inciden factores como la familia y otros referentes, la formación en la institución educativa y las expectativas transmitidas para el futuro e inserción laboral distintas a las que los adolescentes interiorizan o creen tener que hacer, lo cual puede generar tensiones, entre lo que quiere y desea y lo que debe ser.

Relatos adolescentes:

“Me siento poco preparado para alcanzar todos mis objetivos. Mi mayor problema es la falta de constancia en las decisiones que tomo. Generalmente me dejo influenciar por la opinión de otros. No tengo prioridades en el ámbito personal. A veces dudo en las decisiones que tomo, me cuesta mucho pensar” (Garcés et al, 2020, p.160).

“Graduarme, dar a mis padres orgullo. Trabajar, obtener un título graduarme, para establecerme económicamente y formar una familia” (Quitéria dos Santos et al, 2009 p. 551).

Estas expresiones posibilitan reflexionar sobre la complejidad que supone la construcción de proyectos de vida en las adolescencias donde conviven el “soy” del presente y el “querer ser” del futuro, para la consecución de un proyecto vital que resulte saludable para la persona. Esto implica tomar decisiones vocacionales que se vinculan con la posibilidad de conocer e identificar cualidades y motivaciones personales, pudiendo reconocer lo que le gusta y lo que no. Como sostienen Garcés et al. (2020) se trata del estilo de vida que los adolescentes pretenden adoptar en un futuro más o menos lejano, por lo que los proyectos de vida son una construcción a largo plazo.

Por su parte, Giorgi (2009) dice que la transición de la adolescencia a la adultez supone un sufrimiento psíquico trabajado por los jóvenes. Para realizar ese proceso es necesario que “el mundo adulto” pueda sostener, reconocer la singularidad del otro, posibilitar búsquedas; proporcionar modelos, contener y asignar lugares desde los cuales los jóvenes puedan construir su proyecto de vida. El mundo adulto funciona, de acuerdo a esta mirada, como referente y sostén del proceso adolescente (Giorgi, 2009). Giorgi (2009) expresa que proteger es dar garantías, es asegurar un mínimo de derechos que permitan satisfacer necesidades que a su vez posibiliten el despliegue de las potencialidades de las personas y la realización de proyectos de vida autónomos y dignos. Para este autor uno de los principales

problemas de las infancias y las adolescencias en nuestro país es precisamente la desprotección. En este sentido, Giorgi (2009) da relevancia al mundo adulto, sosteniendo que no se trata de disfrazarse de adolescente, de ser cómplice, sino de recuperar la capacidad de relación intergeneracional, de sostener el lugar de un adulto que no claudica, que recupera su capacidad y su deseo de aprender y transformar realidades; y que es capaz de transmitir entusiasmo a los adolescentes, habilitando su reencuentro con el placer de aprender, de proyectarse. Siguiendo a Freire, (1998) una "sociedad concienciada, crítica y responsable" es aquella que educa para saber ser, hacer, relacionarse y sentir, lo que facilita la adquisición de habilidades necesarias para proyectos vitales saludables. Esto requiere a su vez, profundas transformaciones que no deberían ser ajenas ni a los adultos ni a los adolescentes. Sería vital el poder recuperar espacios como el educativo, el familiar e institucional como *espacios amigables* que les permitan a los adolescentes *proyectarse y proyectar*.

La construcción de proyectos de vida depende de múltiples factores como la forma en que se procesa cognitivamente la información, las capacidades socioemocionales de los adolescentes, los contextos socio-económicos y familiares, entre otras variables. Estas complejidades, sumadas a las propias características de la etapa evolutiva, vuelve fundamental que haya un mundo adulto disponible y dispuesto a crear contextos que posibiliten a los adolescentes a potenciarse, conocerse y fortalecer sus habilidades, promoviendo así sus fortalezas ante los desafíos (Garcés-Delgado et al. 2020). Sería relevante que los jóvenes desarrollen un pensamiento crítico para construir su futuro, analizando y evaluando diversos escenarios y tomando decisiones autónomas basadas en sus experiencias, pero no solos, sino acompañados de otros que puedan estar afectivamente comprometidos y puedan brindarle el contexto para hacerlo. En este sentido, Freitas (2020) define el afecto como la disposición para conectar con los demás, lo que permite la construcción de relaciones significativas. Al observar y escuchar al otro, se establece una influencia mutua, una habilidad crucial para la formación y el empoderamiento (Betancourth et al, 2017).

Como sostiene Betancourth (2017), poder diseñar programas de atención y de apoyo para prevenir conductas intra e interpersonales conflictivas, y poder colaborar con la construcción de estrategias para afrontar las múltiples situaciones de riesgo se torna un desafío importante que el mundo adulto debe enfrentar. Apostar por proyectos que involucren a los adolescentes y sean de su interés, darles espacios y permitirles conocerse, es colaborar, como mundo adulto, a que pueden ir construyendo sus propios proyectos. Como señala Quitéria dos Santos et al (2009), ello da significado y sentido a la vida y al sujeto (Quitéria dos Santos et al, 2009), y por ello su importancia y relevancia como factor protector frente a conductas de riesgo.

4. Reflexiones finales

*“Si imaginamos un imponente barco de madera navegando
por el océano Atlántico en la década de 1750.
Una fresca brisa marina sopla sobre los marineros mientras trabajan
para mantener el rumbo del barco hacia su destino
y el sol brilla cálidamente sobre sus espaldas.
En la superficie, todo parece ir sobre ruedas.
Sin embargo, nadie se da cuenta de que, en la bodega de carga,
una vela se ha volcado durante la última tormenta.
Aunque no se han producido más daños, las chispas han encendido
el extremo de una mecha que está unida a un barril de pólvora.
Cuando la mecha se queme, el barril y el barco que la transporta
explotarán violentamente” (Focus Family, 2021).*

Este ensayo partió del interés en interrogar qué sucede con el suicidio en los adolescentes varones, dada su prevalencia y el crecimiento sostenido de las cifras que afectan al suicidio en varones de todas las edades. Por esta razón, intenté reflexionar sobre la producción de subjetividad y la construcción de masculinidades hasta arribar a uno de los conceptos que considero fundamental en este ensayo: el peso de la masculinidad hegemónica y cómo el mismo guarda relación en las conductas de riesgo suicida. Además de compartir factores de riesgo asociados a otras poblaciones, los comportamientos autodestructivos (intencionales o inconscientes) pueden llevar la adolescente varón a tomar la decisión de quitarse la vida. Reposicionar este tema, para hallar cómo contener y apuntalar a los adolescentes en sus distintos desafíos.

El programa de Enfoque a la familia, el cual está basado en apoyar a las mismas que enfrentan desafíos significativos como intentos de suicidio y trabajan en la posvención, describe en una metáfora, la cual es representativa para ejemplificar lo que implica el suicidio. Dicen del mismo, que es muy similar a ese polvorín. Muchas personas dicen después de un intento de suicidio, que nunca lo vieron venir. Sin embargo, el hecho de que no se pueda oír o ver la mecha no significa que no esté allí ardiendo. Por lo general, hay algún tipo de polvorín involucrado en la decisión de un adolescente en suicidarse. En la vida existen cerillas que se encienden todo el tiempo en forma de desafíos y dificultades. Sin embargo, la mayoría de las personas suelen manejarlas de manera saludable y segura.

¿Qué hace que los adolescentes sean más susceptibles a las chispas que caen de las cerillas que se encienden a diario a su alrededor?

¿Qué voces o discursos internos acompañan a los adolescentes? ¿Qué miradas recopiladas en su vida han construido sus identidades? ¿Qué tipo de miradas ofrece el mundo adulto?

Como hemos presentado, la construcción de la subjetividad del adolescente varón implica varios procesos en un período de cambio, de duelos, donde se cumplirán o no expectativas y, fundamentalmente la mirada del otro es muy importante. Procesos que pueden ser molestos, incómodos y muy dolorosos, vivirlos en soledad y aislamiento probablemente los desvitaliza y se exponen a riesgos imprevistos.

A medida que examinamos cuidadosamente cómo estas construcciones afectan la salud mental y el riesgo suicida, se vuelve cada vez más evidente que los modelos tradicionales y estereotipados de masculinidad pueden resultar extremadamente dañinos, llevando a los jóvenes a enfrentar presiones insostenibles y a adoptar comportamientos de riesgo que ponen en peligro su bienestar general.

La escritura me llevó a reflexionar en las situaciones que pueden vivenciar los adolescentes y cómo en múltiples situaciones no pueden hallar palabras y espacios para expresar lo que están sintiendo.

Situaciones que viven nuestros adolescentes, tristemente cada vez más frecuentes, como son el acoso escolar o bullying, que no solo afectan su bienestar emocional, sino que también retroalimentan o instalan el aislamiento como defensa social contra el peligro de relacionarse con sus pares, no sintiéndose parte ni como ellos o ellas.

Resulta de urgencia en el abordaje del suicidio con adolescentes, en particular para este trabajo con el adolescente varón, reconocer que la masculinidad no es un concepto estático y alejado de la clínica psicológica. Sino que, está en el imaginario, varía según la época, puede ser rígido o flexible depende de las prácticas de crianza. Además, que para cada adolescente su vivencia es única, singular y requiere de una escucha atenta a cómo se expresa ocultamente, la masculinidad subjetivada tras las palabras y conductas en el encuentro con el psicólogo/a, con el otro y los otros.

Por, sobre todo, las intervenciones y apoyo deben tener en cuenta estas especificidades para poder abordar y contrarrestar los efectos nocivos de los modelos restrictivos del “ser” en libertad. En este sentido, resulta fundamental promover espacios de diálogo para los adolescentes, impulsar la empatía como capacidad emocional y aceptación de las diferencias, donde los adolescentes se sientan seguros y respetados para expresar, explorar, comprender sus propias emociones y vulnerabilidades, en la formación y en las instituciones por las cuáles transiten.

Por otra parte, la construcción de relaciones amistosas significativas son un apoyo evidente y aspectos protectores en la prevención del suicidio y simultáneamente con la salud mental. Fomentar amistades saludables, así como tantas otras redes de apoyo, tienen efectos fortalecedores para el adolescente y retroalimenta su validación y sentido de pertenencia a grupos de pares.

A modo de ir finalizando, considero que la resiliencia lejos de ser una capacidad individual o atributo aislado, debe ser cultivada y fortalecida colectivamente, involucrando a la comunidad en general para

trabajar en conjunto en la búsqueda de soluciones y respuestas para ellos. También, es imperativo proporcionar a los adolescentes herramientas y recursos para el desarrollo de proyectos de vida significativos y viables. De esta manera, contribuir al establecimiento de un entorno en el que los adolescentes varones tengan libertad para expresar lo que sienten sin temor a ser vulnerados o recibir juicios que terminen siendo estigmatizaciones encubiertas.

Finalizando, necesariamente hacer visible estas diferencias que se pierden en generalidades sobre la adolescencia. Prevenir el suicidio del adolescente y promover la salud mental en todas sus expresiones de padecimiento, implica integrar a la formación del psicólogo/a en la creación de espacios amigables es esencial para el desarrollo humano. Esto es, a través de las instituciones educativas, espacios comunitarios accesibles y lúdicos, que involucren a adultos empáticos en una parentalidad social que proteja al adolescente de su sentimiento de soledad.

Por último, estos espacios amigables fomentan el bienestar subjetivo, los aprendizajes y acciones protectoras como derecho fundamental e inherente. Sin dudas, espacios de protección para el adolescente evita y previene los intentos de autoeliminación, del mismo modo apuntala y fortalece la autoestima sin temor a vivir. Es así que, las relaciones de amistad son fundamentales en la vida del adolescente para aprender nuevas formas de mirar al futuro.

Referencias:

Abarca, H. 2022. Masculinidad y suicidio una cuestión de sentido

Acosta, K. R., Beltrán, L. F., Montenegro, S. V. y Herrera, J. F. R. (2021). Relación entre los estilos de crianza, el estado emocional de los padres, la ideación suicida y síntomas depresivos en niños de 9 a 11 años. *Informes psicológicos*, 21(2), 229-242. <https://doi.org/10.18566/infpsic.v21n2a14>

Agamben, Giorgio. (2011). ¿Qué es un dispositivo? *Sociológica (México)*, 26(73), 249-264. Recuperado en 16 de septiembre de 2024, de <http://www.sociologicamexico.azc.uam.mx/index.php/Sociologica/article/view/112>

Aguirre, R., & Güell, P. (2002). *Hacerse hombres: La construcción de la masculinidad en los adolescentes y sus riesgos* (OPS/OMS). Organización Panamericana de la Salud
Recuperado de: <https://healtheducationresources.unesco.org/library/documents/hacerse-hombres-la-construccion-de-la-masculinidad-en-los-adolescentes-y-sus>

Ale Sánchez, IM, (2010). La Construcción De Las Masculinidades Entre Adolescentes Trabajadores De Lima, Perú. *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades, SOCIOTAM* , XX (1), 161-177.

Alemán, J. (2018). El Neoliberalismo es una fábrica de subjetividad. *Soberanía Sanitaria*. <https://revistasoberaniasanitaria.com.ar/el-neoliberalismo-es-una-fabrica-de-subjetividad/>

Álvarez Rubio, A.M (2021) Sociedad Española de Pediatría Extrahospitalaria y Atención Primaria., SEPEAP. <https://sepeap.org/la-etapa-de-la-adolescencia/>

Alzugaray Ponce, C., Fuentes Aguilar, A., & Basabe, Nekane. (2021). Resiliencia Comunitaria: una aproximación cualitativa a las concepciones de expertos comunitarios. *Rumbos TS*, 16(25), 181-203. <https://dx.doi.org/10.51188/rtrs.num25.496>

- Aponte-González, Jhoan Sebastián, & Laverde, Diana. (2021). Masculinidad y suicidio. Conexiones y posibilidades de transformación desde la terapia narrativa y el teatro del oprimido. *Antropologías del sur*, 8(16), 43-68. <https://dx.doi.org/10.25074/rantros.v8i16.1807>
- Balaguer, Roberto (2017) *Vivir en la nube. Adolescencia en tiempos digitales*. Penguin Random Home. Grupo Editorial.
- Barudy, J., Dantagnan, M. (2010) *Manual de evaluación de las competencias y la resiliencia parental*. (Gedisa) Los desafíos invisibles de ser madre o padre. pág 15-393. Barcelona-España.
- Barroso, M. (2019). Comprender el suicidio desde una perspectiva de género: una revisión crítica bibliográfica. *Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq.* 2019; 39(135): 51-66
- Becoña Iglesias, E. (2006). Resiliencia : definición, características y utilidad del concepto. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 11(3), 125–146. <https://doi.org/10.5944/rppc.vol.11.num.3.2006.4024>
- Betancourth, S. & Cerón, J. (2017). Adolescentes creando su proyecto de vida profesional desde el modelo DPC. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, 50, 21-41. Recuperado de <http://revistavirtual.ucn.edu.co/index.php/RevistaUCN/article/view/811/1329>
- Bleichmar, S. (2003, julio 30). *Acerca de la subjetividad* [Conferencia]. Facultad de Psicología de Rosario, Universidad Nacional de Rosario. <https://silviableichmar.com/conferencia-silvia-bleichmar-acerca-de-la-subjetividad/>
- Bohórquez, C; Rodríguez, D. (2014). Percepción de amistad en adolescentes: el Papel de las Redes Sociales. *Revista Colombiana de Psicología.*, vol.23(2) pp. 325-338
- Bonino Méndez, L. (1994). Varones y comportamientos temerarios. En *Actualidad Psicológica*. Recuperado de: <http://www.luisbonino.com/pdf/Comportamientos%20temerarios.pdf>
- Bonino, L. (2003). Los hombres y la igualdad con las mujeres en C. Lomas (Ed.), *¿Todos los hombres son iguales?* (pp. 105-144). Paidós.

- Borges Charepe, Zaida; Silva Figueiredo, Maria Henriqueta de Jesús Promoción de la esperanza y resiliencia familiar: Prácticas apreciativas Investigación y Educación en Enfermería, vol. 28, núm. 2, julio, 2010, pp. 250-257 Universidad de Antioquia Medellín, Colombia
- Boscán, A. (2008). Las nuevas masculinidades positivas. Utopía y Praxis Latinoamericana, 13(47), 93-106.
- Bowlby, J. Apego y pérdida. Ed. Paidós, 1998
- Buelga Vázquez, S., Cava Caballero, M. J., Moreno Ruiz, D., & Ortega Barón, J. (2022). Cyberbullying y conducta suicida en alumnado adolescente: Una revisión sistemática. Revista de educación. educacion.gob.es
- Buelga, S. & Pons, J. (2012). Agresiones entre adolescentes a través del teléfono móvil y de Internet. *Psychosocial Intervention*, 21(1), 91-101. <https://dx.doi.org/10.5093/in2012v21n1a2>
- Butler, J. (1999) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona, Paidós.
- Caffarelli, C. (2011, agosto 10) Miradas sobre un colectivo social diverso. Divulgación Universitaria. UNICEN. <https://www.unicen.edu.ar/content/los-grupos-de-pares-como-espacio-de-construcci%C3%B3n-de-identidades-juveniles>
- Campero, Rubén (2014). A lo macho. Sexo, deseo y masculinidad. Fin de Siglo, Montevideo.
- Cao, M. (2-3 de noviembre de 2013) *Bordes y Desbordes Adolescentes*. I Coloquio Internacional sobre culturas adolescentes, subjetividades, contextos y debates actuales. Buenos Aires, Argentina.
- Cardeñosa Iglesias, P., Darretxe Urrutxi, L., & Beloki Arizti, N. (2021). Masculinidades alternativas: un modelo para alcanzar la transformación desde la educación social. Ciencia y Educación, 5(1), 147-158. <https://doi.org/10.22206/cyed.2021.v5i1>.
- Cattaneo, M., Schmidt, V. (2014). Fundamentación de escala de metas de vida. En Escala de metas de vida para adolescentes. (pp. 17-26). Paidós.

- Chávez-Hernández, Ana-María; Leenaars, Antoon A. Edwin S Shneidman y la suicidología moderna
Salud Mental, vol. 33, núm. 4, julio-agosto, 2010, pp. 355-360 Instituto Nacional de Psiquiatría
Ramón de la Fuente Muñiz Distrito Federal, México
- Cleary A. (2012). Suicidal action, emotional expression, and the performance of masculinities. *Social science & medicine* (1982), 74(4), 498–505.
- Connell, R. W. (1995). *Masculinities*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Connell, R. W., (2001). Educando A Los Muchachos: Nuevas Investigaciones Sobre Masculinidad Y Estrategias De Género Para Las Escuelas. *Nómadas* (Col), (14), 156-171.
- Connell, R. W. (2002). On hegemonic masculinity and violence: a response to Jefferson and Hall. *Theoretical Criminology*, 6(1), 89-99
- Connell, R. W. (2005). Growing up masculine: rethinking the significance of adolescence in the making of masculinities. *Irish Journal of Sociology*, 14(2), 11e28, Special Issue on Masculinities
- Courtenay W. H. (2000). Constructions of masculinity and their influence on men's well-being: a theory of gender and health. *Social science & medicine* (1982), 50(10), 1385–1401.
[https://doi.org/10.1016/s0277-9536\(99\)00390-1](https://doi.org/10.1016/s0277-9536(99)00390-1)
- Cyrułnik, B. (2001). *Autobiografía de un espantapájaro. Testimonios de resiliencia: retorno a la vida* (E. Henderson, Ed.). Gedisa S.A.
- D' Angelo, O. (2000). El Desarrollo Profesional Creador (DPC) en la actividad científica. Artículo 4. Clacso. Recuperado el 15 de enero de 2013, de <http://www.clacso.edu.ar>
- De Bedout Hoyos, A. (2008). Panorama actual del suicidio: Análisis psicológico y psicoanalítico. *International Journal of Psychological Research*, 1(2), 53-63. Universidad de San Buenaventura.
- Dolto, Françoise. : “La causa de los adolescentes”, Bs As. Seix-Barral, 1990.

- Durkheim, E. (2000) *El suicidio*, México, Ediciones Coyoacán.
- Espinoza, K. M. R. & Suárez-López, A. (2023). Relación entre la ideación suicida y violencia de parejas en redes sociales en adolescentes. *Psicología Unemi*. unemi.edu.ec
- Espitia León, N. B., & Ulloa Sandoval, P. N. (2023). *La masculinidad y su posible relación con el suicidio: La construcción de la masculinidad y su posible relación con el suicidio en un grupo de hombres en el departamento de Santander* [Trabajo de grado para optar el título de Trabajadoras Sociales, Universidad Industrial de Santander]. <https://noesis.uis.edu.co/bitstreams/611d7f53-2310-4122-a222-30d2034551db/download>
- Fabre y Del Rivero, A. M. (2018). La identificación en la adolescencia: personajes delincuenciales como modelos identificatorios. *Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes*, 107-131. [chromeextension://efaidnbmninnibpcjpcglclefindmkaj/https://www.controversiasonline.org.ar/wp-content/uploads/22-FABRE-ES.pdf](https://www.controversiasonline.org.ar/wp-content/uploads/22-FABRE-ES.pdf)
- Fernández, A.M. (1993). *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, Ana María (2009) *Las lógicas sexuales: Amor, política y violencias*. Nueva Visión, Buenos Aires
- Fernández Olguín, D. (2018). Análisis psicoanalítico sobre las problemáticas en la identificación con la función parental en la adolescencia: La transición hacia la adultez como un espacio de transformación. *Estudios de Psicología (Campinas)*, 21(4), 761-778. <https://doi.org/10.1590/1415-4714.2018v21n4p761.5>
- Fernández Poncela, A. M. (2014). *Adolescencia, crecimiento emocional, proceso familiar y expresiones humorísticas*. *Educar*. 50(2) 445-466. <https://doi.org/10.5565/rev/educar.659>
- Freire, P. (1998). *La educación como práctica de la libertad*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Freitas, Kássia Silva de. La mirada sensible que afecta. *Revista Científica Multidisciplinar Núcleo do Conhecimento*. Año 05, Ed. 08, Vol. 08, pp. 125-135. Agosto de 2020. ISSN: 2448-0959,

Enlace de acceso: <https://www.nucleodoconhecimento.com.br/educacion-es/la-mirada-sensible-que-afecta>

Focus Family,(2021) ¿Why Do Teens Commit Suicide?

<https://www.focusonthefamily.com/parenting/why-do-teens-commit-suicide/>

Gaba, M. (2012). Las organizaciones generizadas. La perspectiva de género en acción en el mundo de las organizaciones. En D. Tajer (Comp.), Género y salud. Las políticas en acción. Buenos Aires: Lugar Editorial.

Garaigordobil, M. Ciberbullying en adolescentes y jóvenes del País Vasco: cambios con la edad. *Anal. Psico.* [en línea]. 2015, vol.31, n.3, pp.1069-1076. ISSN 1695-2294. <https://dx.doi.org/10.6018/analesps.31.3.179151>.

Garcés-Delgado, M., Santana-Vega, L. E. y Feliciano-García, L. (2020). Proyectos de vida en adolescentes en riesgo de exclusión social. *Revista de Investigación Educativa*, 38(1), 149-165. DOI: <http://dx.doi.org/10.6018/rie.332231>.

García, V. E. (2022-2023). *Parentalidad e ideación suicida en población infantojuvenil: Una revisión sistemática*. Universidad Europea de Valencia.

Gaulejac, V. (2015) *Las Fuentes de la Vergüenza*. (1a. ed) Editorial Sapere.

Gelpi, Gonzalo. (2019). Ser víctima de Bullying homofóbico en Uruguay: Las voces de varones adolescentes de Montevideo. *Revista de la Escuela de Ciencias de la Educación*, 1(14), 65-82. Recuperado en 14 de octubre de 2024, de https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2362-33492019000100005&lng=es&tlng=.

Giorgi, V. (2003) La construcción de la subjetividad en la exclusión Seminario: Drogas y exclusión social Encare Rio Nodo Sur Ed. Atlántica 2006 Montevideo

- Giorgi, V.(2009) Los Adolescentes de hoy y el adolecer de las Instituciones Educativas. En Castro, A; y Meerhoff, D (Coord) Los usos de drogas y sus abordajes en la Educación. (pp-23-25) Montevideo
- Giró, J. (2011). Las amistades y el ocio de los adolescentes, hijos de la inmigración. *Papers*, 96(1), 77-95.
- Gordo, A. (2006). Jóvenes y cultura Messenger. Tecnología de la información y la comunicación en la sociedad interactiva. Madrid: Fundación de ayuda contra la drogadicción. Recuperado de <file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Jvenesyulturamessenger.pdf>
- Gozlan, A. (2016). La virtualescencia: aspectos psíquicos de la relación de los adolescentes con los espacios virtuales. *Psicoanálisis: Revista de La Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*, 38(2/3), 437–455
- Guttman, M. (1999) Horizontes Antropológicos, Porto Alegre, 5, n. 10, p. 245-286, maio 1999 <http://dx.doi.org/10.1590/S0104-71831999000100010>
- Guzmán-González, M., Carrasco, N., Figueroa, P., Trabucco, C., & Vilca, D. (2016). Estilos de Apego y Dificultades de Regulación Emocional en Estudiantes Universitarios. *Psyche*, 25(1), 1-13.
- Hernández, J. & Pozo, C. (1999). El fracaso académico en la Universidad: Diseño de un sistema de evaluación y detección temprana. *Psicología Educativa*, 5(1), 27-40. Extraído de <http://web.ebscohost.com>.
- Horno, P. (2004) Educando el afecto. Ed. Grao.
- Horno, P. (2014) Un mapa del mundo afectivo: el viaje de la violencia al buen trato.
- Huang, H. L., Peng, W. D., Lin, Y. C., Lee, C. H., Hu, C. Y., & Huang, S. T. (2019). Gender specific factors associated with the suicidal ideation of children in Taiwan: A large scale cross sectional study. *International Journal of Psychology*, 54(1), 53-60. <https://doi.org/10.1002/ijop.12438>

- Jociles, M. I. (2001). El estudio sobre las masculinidades. En Rev. Gaceta de Antropología N° 21. Granada.
- Kancyper, L. (2014) Carolina y la Nube. El lugar de la amistad en el proceso analítico de la adolescencia. Revista de Psicoanálisis (APM) 71:141-172. <https://www.controversiasonline.org.ar/wp-content/uploads/21-KANC-ES.pdf>
- King, K. A., Vidourek, R. A., Yockey, R. A., & Merianos, A. L. (2018). Impact of parenting behaviors on adolescent suicide based on age of adolescent. *Journal of Child and Family Studies*, 27, 4083-4090. <https://doi.org/10.1007/s10826-018-1220-3>
- Laufer, M. (1998). El adolescente suicida. Editorial Biblioteca Nueva, S.L., Madrid.
- Lora F., María Elena. (2014). Las adolescencias: (ENSAYO). *Ajayu Órgano de Difusión Científica del Departamento de Psicología UCBS*, 12(2), 308-315. Recuperado en 27 de octubre de 2024, de http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2077-21612014000200008&lng=es&tlng=es.
- Makdessi, N. (2018). « Regards croisés ». Fonction du regard et narcissisme à l'adolescence. *Enfances & Psy*, 78, 70-81. <https://doi.org/10.3917/ep.078.0070>
- Martínez (2017) *Suicidología comunitaria para América Latina. Teoría y experiencias*. ALFEPSI Editorial.
- McKinnon, B., Gariépy G., Sentenac. M., y Elgar, F.J. (2016). Adolescent suicidal behaviours in 32 low-and middle-income countries. *Bull World Health Organ*, 94, 340-350F. doi: <http://dx.doi.org/10.2471/BLT.15.163295>
- Méndez, P. (2014). Análisis del comportamiento suicida en subpoblaciones de riesgo. (Tesis doctoral). Universidad autónoma de Madrid. Madrid, España.
- Menéndez, E. L. (1998). Estilos de vida, riesgos y construcción social : conceptos similares y significados diferentes. *Estudios Sociológicos De El Colegio De México*, 16(46), 37-67. <https://doi.org/10.24201/es.1998v16n46.638>

- Messerschmidt, J. (2000): "Becoming "Real Men". Adolescent Masculinity Challenges and Sexual Violence", *Men and Masculinities*, 2(3):286-307.
- Mietzel, G.(2005): Claves de la Psicología Evolutiva. Barcelona: Herder
- Ministerio de Salud Pública (2023). Guía de abordaje frente al riesgo suicida en adolescentes para profesionales de la salud del primer nivel de atención <https://www.gub.uy/ministerio-salud-publica/comunicación/noticias/17-julio-dia-nacional-prevencion-suicidio>
- Murin, M, Meler, I. (2000) Varones, género y subjetividad Masculina. Editorial Paidós.
- Nasio, J. D. (2011) *Como actuar con un adolescente difícil*. Buenos Noone, J. H., & Stephens, C. (2008). Men, masculine identities and health care utilisation. *Sociology of Health and Illness*, 30(5), 711e725
- Oliver, K. G., Collin, P., Burns, J., y Nicholas, J. (2006). Building resilience in young people through meaningful participation. *Australian e-Journal for the advancement of Mental Health*, 5(1), 34-40. <https://doi.org/10.5172/jamh.5.1.34>.
- Organización mundial de la Salud (2014) Prevención del suicidio: un imperativo global. Washington, DC: OPS, 2014 <https://iris.paho.org/handle/10665.2/54141>
- Organización Mundial de la Salud. (2021, noviembre 17) Salud Mental del Adolescente. <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/adolescent-mental-health>
- Organización Panamericana de la Salud. Las condiciones de salud de las Américas. Washington: OPS; 1990.
- Organización Panamericana de la Salud. (2024) La salud mental de los adolescentes. <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/adolescent-mental-health>
- Pacheco, B. E., & Peralta Lopez, P. (2016). La Conducta Suicida en la Adolescencia y sus Condiciones de Riesgo. *ARS MEDICA Revista De Ciencias Médicas*, 40(1), 47–55. <https://doi.org/10.11565/arsmed.v40i1.38>

- Poncela, Fernández A. M. (Ed.). (2014). *Adolescencia, crecimiento emocional, proceso familiar y expresiones humorística* (Vol. 50, Número 2). Universidad Autónoma Metropolitana-Plantel Xochimilco. <https://doi.org/10.5565/rev/educar.659>. *Educar*, 50(2) 445-466. <https://doi.org/10.5565/rev/educar.659>
- Parrilla, A., Gallego, C. y Moriña, A. (2010). El complicado tránsito a la vida activa de jóvenes en riesgo de exclusión: una perspectiva biográfica. *Revista de Educación*, (351), 211-233.
- Quitéria dos Santos Marcelino, M., Fernandes Martins Catão, M. D., & Pereira de Lima, C. M. (2009). Representações Sociais do Projeto de Vida entre Adolescentes no Ensino Médio. *Psicologia Ciência e Profissão*, 29(3), 544-557.
- Ramírez Grajeda, B., & Anzaldúa Arce, R. E. (2014). Subjetividad y socialización en la era digital. *Argumentos*, 27(76), 171-189.
- Reyes, Y. (2003) Relación entre el rendimiento académico, la ansiedad ante los exámenes, los rasgos de personalidad, el autoconcepto y la asertividad, en estudiantes del primer año de Psicología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Extraído de http://biblioteca.universia.net/html_bura/ficha/params/id/28684.html.
- Rodríguez Montero, C. (2021). Suicidio, bullying y factores de protección en adolescentes. Estudio de factores de riesgo y propuesta de intervención. ual.es
- Rodríguez, L. M. (2021). *Amistad en la adolescencia y su relación con los valores y la empatía*. En XIII Congreso Internacional de Psicología y XVII Encuentro de Investigadores del MERCOSUR. Universidad de Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/000-012/752>
- Rosado Millán, M. J., García García, F., Alfeo Álvarez, J. C., Rodríguez Rosado, J. (2014) “El suicidio masculino: una cuestión de género”. *Prisma Social*, núm. 13, p. 433-491 IS+D Fundación para la Investigación Social Avanzada Las Matas, España. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/3537/353744532013.pdf>
- Rosado, M. (2011). *Los hombres y la construcción de la identidad masculina*. Las Matas (Madrid): Fundación iS+D

- Salas-Blas, E., Copez-Lonzoy, A., & Merino-Soto, C. (2020). ¿ Realmente Es Demasiado Corto? Versión Breve Del Cuestionario De Adicción A Redes Sociales (ARS-6). *Health & Addictions/Salud y Drogas*, 20(2).
- Salum-Fares, A., Marín Aguilar, R., & Reyes Anaya, C. (2011). Autoconcepto Y Rendimiento Académico En Estudiantes De Escuelas Secundarias Públicas Y Privadas De Ciudad Victoria, Tamaulipas, México. *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades, SOCIOTAM*, XXI(1), 207-229.
- Saravia López, J. (2023) *La construcción de subjetividad adolescente en la era digital* [Trabajo final de grado]. Montevideo: UdelaR. FP, 2023.
- Shneidman. E. (1985) *Definition of suicide*. New York: John Wiley & Sons.
- Scott, W.J. (1996) El género: Una categoría útil para el análisis histórico. En: Lamas Marta Compiladora. *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. PUEG, México. 265-302p.
- Souza Días, G. (2023, abril 20). Hablar del suicidio me salvó la vida: La historia de un chico que creyó que matarse era la única salida. *Infobae*. <https://www.infobae.com/historia/2023/04/20/hablar-del-suicidio-me-salvo-la-vida-la-historia-de-un-chico-que-creyo-que-matarse-era-la-unica-salida/>
- Stolkiner, A. y Ardila, S. (2012). Conceptualizando la Salud Mental en las prácticas: consideraciones desde el pensamiento de la medicina social/ salud colectiva latinoamericanas. *Vertex Revista Argentina de Psiquiatría*. Volúmen XXIII, 52-56.
- Sujoy, O. (Ed.). (2022). *Construcción de Subjetividad en Pandemia observaciones en la Clínica con Adolescentes* (Vol. 23, Número 2)
- Tabbia, C. (2016). El adolescente aislado. *Psicoanálisis: Revista de La Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*, 38(1), 157–173.

Téllez Infante, A. y Verdú Delgado, A. D. (2011). El significado de la masculinidad para el análisis social. *Nuevas Tendencias en Antropología*, (2), 80-103. Recuperado de: <http://www.revistadeantropologia.es/Textos/N2/El%20significado%20de%20la%20masculinidad.pdf>

Trujillo, A. G. E., Molina, I. V., Menéndez, N. Z., & Sambrano, A. R. (2019). Función paterna y las subjetividades adolescentes en las unidades educativas fiscales de amanta. <http://dx.doi.org/10.36097/rsan.v1i33.1042>, 50–59.

Unicef, 2020. ¿Qué es la adolescencia? <https://www.unicef.org/uruguay/crianza/adolescencia/que-es-la-adolescencia>

Viñar, M., Ulriksen de Viñar, M. (1993) Fracturas de la memoria, crónicas para una memoria por venir. Montevideo, Trilce.

Vásquez del Águila E. (2013). Hacerse hombre: algunas reflexiones desde las masculinidades. *Política y Sociedad*, 50(3), 817-835. https://doi.org/10.5209/rev_POSO.2013.v50.n3.41973

Wolf, J. (2022). *Tu vida es importante para mí*. Editorial Terracota bajo el sello Pax.